EL PRISIONERO DE LA BASTILLA.

FIN DE LOS MOSQUETEROS.

Drama en seis cuadros, escrito en francés por Alejandro Dumas, *y arreglado para el teatro español por los señores* D. Manuel García Gonzalez *y* D. Vicente de Lalama, *para representarse en el teatro del Drama, el año de* 1862.

PERSONAJES.

Luis XIV.	*Un mismo actor.*
Marchiali.	
D'Artagnan.	
Aramis.	
Athos.	
Porthos.	
Fouquet.	
Baisemeaux de Montlezun.	
De Vardes.	
Saint-Aignan.	
Francisco.	
Un Ugier.	
Un Cortesano.	
Luisa de la Valliére.	
Ana de Austria.	
Madama Enriqueta.	
Madama de Chevreuse.	
Aura de Montalais.	
Atenais de Tonay-charente.	
Una Sirvienta.	
Cortesanos, etc.	

ACTO PRIMERO.

CUADRO PRIMERO. — EN EL LOUVRE.

ESCENA PRIMERA.

CORTESANOS, *esperando al* REY.

UN PAGE. El Rey, señores!
TODOS. El Rey! El Rey!

ESCENA II.

DICHOS, EL REY, *entrando.*

REY. Dios os guarde, señores; habeis tenido noticias del señor Cardenal?
CORTESANO. Vengo de casa de su eminencia, señor, y allí he pasado una parte de la noche.
REY. Y bien, cómo sigue?
CORT. Ha tenido dos crísis, durante las cuales el doctor creyó que su eminencia no saldria de ellas.
REY. Señores, no extrañeis que abrevie la recepcion... No me consolaria si Mazarino muriese sin haberle expresado otra vez mi gratitud por los servicios que me ha prestado. Podeis retiraros, señores. (*Los cortesanos se inclinan, y vanse.*)

ESCENA III.

EL REY, *un* UGIER.

UGIER. El carruaje de su majestad está pronto.
REY. Pasad á la habitacion de su majestad la Reina madre, y preguntadla si me acompaña á casa de su eminencia.

ESCENA IV.

EL REY, LA REINA MADRE.

REINA. Es inútil, hijo mio, el Cardenal ya no recibe á nadie.
REY. Ni aún á mi?
REINA. Hace diez minutos, segun parece, que ha perdido el conocimiento.
REY. Quién os lo ha dicho, señora?
REINA. Mr. Colbert, que dice tiene un papel importante que entregaros de parte del Cardenal.
REY. Dónde está?
REINA. En el salon de Diana.
REY. Haced entrar á Mr. Colbert, que viene de parte de su eminencia.
UGIER. Señor, mientras Mr. Colbert esperaba, el correo de su eminencia ha venido á decirle que el Cardenal habia vuelto en sí, y preguntaba por él.
REY. Y ha partido?
UGIER. Diciendo: Entregad este papel al Rey, pero á él solo... Probablemente no tardará en volver.
REY. Y ese papel?
UGIER. Aquí está. (*Se lo da.*)
REY. Dádmele. (*Oyese ruido en la galeria.*) Qué ruido es ese?
REINA. O mucho me engaño, ó debe ser nuestro superintendente de Hacienda.
REY. Ah! Mr. Fouquet!

ESCENA V.

DICHOS, FOUQUET.

FOUQ. El mismo, señor, que llega desesperado por no haber podido venir á tiempo para saludar á su majestad... Señora... (*Se inclina ante la Reina.*)
REY. Sabeis, caballero Fouquet, que su eminencia está peor?...
FOUQ. Sí señor, lo sé. He sabido esta mañana la noticia en Vaux... he partido en el mismo instante... y en hora y media he llegado á Palacio.
REY. Cómo! Habeis venido de Vaux aquí en hora y media, caballero!

FOUQ. Comprendo, señor... Vuestra majestad duda de mi palabra; pero si he venido así, ha sido verdaderamente por una maravilla. Me han enviado de Inglaterra dos tiros de caballos ligerísimos. Los hice apostar de cuatro en cuatro leguas, y esta mañana los he probado; así es cómo he venido de Vaux al Louvre en hora y media.

REINA. Esos caballos son maravillosos, caballero!

FOUQ. Y por lo mismo dignos de un Rey, y no de súbditos, señora.

REINA. Sin embargo, vos no sois Rey, que yo sepa, Mr. Fouquet.

FOUQ. No señora... Pero los caballos no esperan más que una señal de su majestad para entrar en las caballerizas del Louvre, y si me he permitido probarlos, sólo ha sido por el temor de ofrecer al Rey una cosa indigna de él...

REINA. Ya sabeis, señor Fouquet, que en la córte de Francia no es uso ni costumbre que un súbdito ofrezca cosa alguna á su Rey.

FOUQ. Yo esperaba, señora, que mi amor á su majestad, y mi deseo incesante de agradarle, servirian de contrapeso á esa cuestion de etiqueta... Por otra parte, no era un presente lo que yo queria ofrecer... era un tributo que pagaba.

REY. Os doy gracias por la intencion, Fouquet, porque me gustan en efecto los buenos caballos... Pero demasiado sabeis que no soy rico... lo sabeis mejor que nadie... puesto que sois mi superintendente de Hacienda... No puedo, pues, aún cuando quisiera, comprar una cosa tan cara.

FOUQ. El lujo es la virtud de los Reyes, señor; por el lujo son más que los otros hombres; bajo el dulce calor del lujo de los Reyes, nace el de los particulares, fuente de riquezas para el pueblo...

REY. (*Ha desplegado el papel que tenia en la mano y ha leido.*) Ah! Dios mio!

REINA. Que hay, hijo mio?

REY. De parte del Cardenal... Este papel venia de parte del Cardenal?

REINA. Ya habeis oido al ugier que lo afirmaba.

REY. Leed, señora...

REINA. (*Leyendo*) Una donacion!

FOUQ. Una donacion?

REY. Sí, en el momento de morir, el señor Cardenal me hace una donacion de todos sus bienes.

REINA. Cuarenta millones! Ah! hijo mio, hé ahí un bello rasgo de parte del Cardenal, que acallará muchos malévolos rumores... Cuarenta millones, reunidos lentamente, y que vuelven de una vez al tesoro... eso es digno de un súbdito fiel, y de un verdadero cristiano.

REY. (*A Fouquet.*) Ya veis, caballero, esto es increible!

FOUQ. Sí señor, veo perfectamente... es una donacion en regla.

REINA. Es preciso que respondais al instante, señor...

REY. Cómo?

REINA. Diciendo que quedais reconocido al Cardenal, y que aceptais. No es esa vuestra opinion, señor superintendente?

FOUQ. Perdonad, señora; mi opinion es que su majestad dé gracias... pero...

REY. Pero qué?

FOUQ. Pero que no acepte.

REINA. Y por qué?

FOUQ. Vos misma lo habeis dicho, señora; porque los Reyes no pueden ni deben aceptar presentes de sus súbditos.

REINA. Eh! caballero, en vez de disuadir al Rey que reciba ese presente, haced observar á S. M., puesto que es vuestra obligacion, que esos cuarenta millones son una fortuna.

FOUQ. Señora, precisamente por eso, diré al Rey:— «Señor, si es inconveniente que vuestra majestad acepte de un súbdito ocho caballos de veinte mil libras, es deshonroso que deba su fortuna á otro súbdito más ó menos escrupuloso en la eleccion de los medios que han contribuido al edificio de esa fortuna...

REINA. No os sienta mal, caballero, la leccion que quereis dar al Rey; y obrariais mejor procurándole cuarenta millones, para reemplazar los que le haceis perder.

FOUQ. (*Inclinándose.*) El Rey los tendrá cuando quiera, señora.

REINA. Vamos, vamos, aceptad, hijo mio, y haceos superior á los rumores é interpretaciones.

FOUQ. Rehusad, señor... Mientras un Rey vive, no tiene otro nivel que su conciencia, otro juez que su deseo; pero una vez muerto, la posteridad le aplaude ó le acusa.

REY. Gracias, madre mia; gracias, Fouquet.

REINA. Y bien, por qué os decidís, hijo mio?

REY. Mr. Fouquet, tomad esta donacion, y llevádsela á la familia de Monseñor Mazarino, que debe estar necesitada. Doy gracias á su eminencia desde lo más profundo de mi corazon, pero...

FOUQ. } Qué?
REINA. }

REY. Rehuso.

FOUQ. (*Tomando la mano del Rey y besándosela.*) Señor, no sé lo que será vuestro reinado, pero los augurios son grandes. Gracias, mi Rey y señor. (*Vase.*)

REINA. Hijo mio, acabais de dejar escapar una ocasion que no volvereis á hallar.

REY. Señora, no se me acusará de parcialidad por Mr. Fouquet, á quien detesto instintivamente, sin saber por qué; pero esta vez me veo obligado á decir que me ha dado un consejo verdaderamente real.

REINA. Si es así, hijo mio, me retiro, y os dejo entregado á vuestra buena conciencia; pero dudo que reemplace los cuarenta millones que acaba de costaros... (*Vase.*)

ESCENA VI.

EL REY, *un* UGIER.

UGIER. Señor, Mr. Colbert, por quien vuestra majestad preguntaba hace poco, está de vuelta en el Louvre. (*Vase.*)

ESCENA VII.

EL REY, COLBERT.

REY. Hablad, caballero, qué venis á anunciarme?

COL. Que el Cardenal ha muerto, señor.

REY. Ha muerto! (*Despues de un instante de silencio mirando fijamente á Colbert.*) Os llamais Colbert?

COL. Sí, señor.

REY. Y sois el depositario de una parte de los secretos de su eminencia?

COL. De todos.

REY. Sois hacendista, caballero?

COL. Sí señor.

REY. El señor Cardenal os tenia empleado como intendente de su casa?

COL. Si señor; yo tenia el honor de estar empleado en ella; á mí fué á quien su eminencia encargó que examinase las cuentas de la superintendencia de Palacio.

REY. Ah! Con que vos erais el encargado de fiscalizar á Mr. Fouquet? Y el resultado de esa fiscalizacion?

COL. Es que hay un déficit, señor.
REY. Dadme el presupuesto.
COL. No he hallado más que el vacío en todas partes; dinero, en ninguna. Vuestra majestad ve que eso es muy fácil.
REY. Tened cuidado! Atacais rudamente la gestion de Mr. Fouquet, el cual, sin embargo, he oido decir que es un hombre muy hábil.
COL. Oh! sí, muy hábil.
REY. Pero si Mr. Fouquet es un hombre hábil, y á pesar de su habilidad falta el dinero, de quién es la culpa?
COL. Yo no acuso, señor; hago constar.
REY. Comprendo que haya un déficit para este año; pero y para el año próximo?
COL. El año próximo, señor, está agotado, así como tambien los otros tres siguientes.
REY. Se hará un empréstito.
COL. Se han hecho tres.
REY. Sin embargo...
COL. Formule vuestra majestad su pensamiento claramente, y procuraré responder.
REY. Teneis razon, la claridad, ante todo, no es cierto?
COL. Señor, Dios es Dios, porque hizo la luz.
REY. Pues bien, si hoy, que el Cardenal ha muerto, y que yo soy Rey, quisiese tener dinero?
COL. No lo tendria vuestra majestad.
REY. Cómo! Fouquet, ese hombre tan hábil, que me ofrecia cuarenta millones ahora mismo, no hallaria dinero?
COL. No señor.
REY. Si es así, estoy arruinado antes de reinar.
COL. Lo estais en efecto, señor.
REY. Sin embargo, caballero, el dinero está en alguna parte.
COL. Si señor; y para comenzar, traigo á vuestra majestad una nota de los fondos que el señor Cardenal no ha querido dejar consignados ni en su testamento, ni en acta alguna, pero que me habia confiado á mí.
REY. A vos?
COL. Si señor.
REY. Además de los cuarenta millones del testamento?
COL. Sabia que ibais á rehusarlos.
REY. Quién se lo habia dicho?
COL. Yo, señor.
REY. Vos? Ah, me habeis juzgado bien, caballero... Y la suma que traeis, á cuánto asciende?
COL. A trece millones de libras.
REY. A trece millones? Habeis dicho trece millones, Mr. Colbert?
COL. Sí señor.
REY. Que todo el mundo ignora?...
COL. Todo el mundo.
REY. Qué están en vuestras manos?
COL. En mis manos, señor.
REY. Y que puedo tener?...
COL. Dentro de dos horas.
REY. Pero dónde están?
COL. En el sótano de una casa, que el señor Cardenal poseia en la ciudad, y que se ha dignado dejarme por una cláusula particular de su testamento.
REY. Conoceis el testamento del Cardenal?
COL. Aqui traigo una copia. (*Enseña un acta al Rey.*)
REY. Pero aqui sólo se trata de la casa, y no se hace mencion del dinero.
COL. Perdonad, señor, pero está en mi conciencia.
REY. Sois un hombre honrado.
COL. No es una virtud, señor, es un deber.
REY. Caballero, qué quereis que yo os dé en cambio de esa adhesion y de esa probidad?
COL. Nada, señor.
REY. Sereis intendente de Hacienda, Mr. Colbert.
COL. Ya hay un superintendente, señor, y como he tenido el honor de deciros, Mr. Fouquet, en vida de Mazarino, era el segundo personajo del reino: ahora que el Cardenal ha muerto, Mr. Fouquet es el primero.
REY. Mr. Colbert, os prevengo que hoy consiento que digais esas palabras; pero mañana no lo sufriré.
COL. Entonces, desde mañana seré inútil á vuestra majestad.
REY. En fin, qué deseais? A vuestra vez hablad claro.
COL. Deseo que vuestra majestad me dé auxiliares para el trabajo de la intendencia.
REY. Elegid vuestros colegas. Es eso todo?
COL. Si señor; ahora parto tranquilo. (*Hace tres reverencias.*)
REY. Un instante, caballero.
COL. Estoy á las órdenes del Rey.
REY. En otro tiempo tuve á mi servicio, como teniente de mosqueteros, á un hombre que me dió su dimision..
COL. En Blois, con motivo del millon que vuestra majestad, ó más bien el señor Cardenal, negó á su majestad Cárlos II.
REY. Podriais decirme qué ha sido de M. d'Artagnan?
COL. Vuestra majestad no ignora que ha contribuido poderosamente á la restauracion de su majestad, Cárlos II.
REY. Si; estará prestando sus servicios á mi hermano el Rey de Inglaterra?
COL. Se le han hecho mil ofrecimientos, pero se ha negado.
REY. Y dónde está?
COL. Creo que en la Gran Bretaña.
REY. Necesito á Mr. d'Artagnan.
COL. Está bien señor; donde quiera que se halle, le haremos venir inmediatamente.
REY. Podeis retiraros. (*Colbert saluda, y vase.*)

ESCENA VIII.

EL REY, *solo.*

O mucho me engaño, ó ese hombre ocupará el puesto de Mr. Fouquet antes de tres meses.

ESCENA IX.

EL REY, *un* UGIER.

UGIER. Señor, una carta procedente de Inglaterra, por correo extraordinario.
REY. Dádmela. (*La recorre.*) Ah! Se trata del casamiento de mi hermano Felipe con Madama Enriqueta de Inglaterra. (*Al Ugier.*) Haced entrar al correo que ha traido esta carta.
UGIER. (*Yendo á la puerta y llamando.*) Caballero d'Artagnan!...

ESCENA X.

EL REY, D'ARTAGNAN.

REY. D'Artagnan! En el momento que yo preguntaba por él! Cuando justamente le necesitaba! (*A d'Artagnan que ha entrado.*) Sois vos quien ha traido esta carta de Inglaterra, caballero?
ART. Si señor; el Rey Cárlos II, sabiendo que venia á Francia, creyó que no hallaria mano más fiel para entregárosla.
REY. Caballero!...
ART. Señor!...
REY. Sin duda sabeis que el Cardenal ha muerto?

ART. No señor; pero empezaba á temerlo.
REY. Por consiguiente, sabeis que soy amo en mi casa?
ART. Señor, cada cual lo es en la suya... cuando quiere.
REY. Os acordais de lo que me dijisteis en Blois, cuando dejásteis mi servicio?
ART. Hace ya mucho tiempo, señor, que tuve el honor de hablar con vuestra majestad.
REY. Pues bien, si la memoria os es infiel, yo no lo he olvidado. Empezásteis diciéndome, que serviais á mi familia hacia mucho tiempo, y que ya estabais cansado.
ART. Es cierto, señor, eso dije.
REY. Despues confesásteis que ese cansancio era un pretexto, y que el descontento era la verdadera causa de vuestra retirada.
ART. En efecto, señor; yo estaba descontento, pero como hombre honrado continué amando á mi Rey, sin dar pruebas de este descontento en ninguna parte.
REY. Recuerdo que me dijisteis en Blois, que no erais rico.
ART. Ahora ya lo soy.
REY. Eso no me importa. Teneis vuestro dinero, pero no el mio.
ART. No os comprendo, señor.
REY. Veamos si consigo que me comprendais... Tendreis suficiente con veinte y cinco mil libras al año, en dinero contante?
ART. Pero, señor...
REY. Tendreis bastante con cuatro caballos mantenidos y equipados por mí?... Además de un suplemento de fondos tal como le pidais, segun las ocasiones y las necesidades? O preferís un sobresueldo de otras veinte y cinco mil libras? Veamos, respondad, caballero, ó creeré que ya no poseeis esa rapidez de penetracion que siempre he apreciado en vos.
ART. Señor, cincuenta mil libras al año es una cantidad que basta para hacer frente á muchas eventualidades.
REY. Pasemos ahora á otro punto más importante.
ART. Pero, señor, ya tuve el honor de decir á vuestra majestad...
REY. Que queriais descansar... Lo sé... pero yo no quiero... Creo que aquí soy el amo...
ART. Señor...
REY. Vamos á ver. Vos deseábais en otro tiempo ser capitan de mosqueteros...
ART. Era subteniente, y tuve mi nombramiento de capitan en blanco... sin haber podido conseguir...
REY. Pues bien, aquí le teneis firmado.
ART. Señor...
REY. Aceptais?
ART. Oh! sí!
REY. Entonces, caballero, vais á entrar desde hoy en posesion de ese destino. Desde vuestra partida se ha desorganizado casi enteramente la compañía de los mosqueteros; deseo pues, que reorganiceis el servicio lo más pronto posible.
ART. Está bien, señor.
REY. De hoy más, no abandonareis mi persona, y marchareis conmigo al ejército, donde vos y vuestros hombres permanecereis en el cuartel general, alrededor de mi tienda.
ART. Entonces, señor, si es para imponerme un servicio como ese, vuestra majestad no necesita darme veinte y cinco mil libras.
REY. Y si yo quiero que disfruteis de una cosa digna, que tengais buena mesa, que mi capitan de mosqueteros, en fin, sea un personaje?
ART. A mí, señor, no me gusta el dinero hallado; quiero ganarlo; vuestra majestad me ofrece un oficio de peregroso, que cualquiera desempeñaria por cuatro mil libras.
REY. Sois un gascon muy fino, señor d'Artagnan, y no estareis contento hasta sonsacar el secreto de mi corazon.
ART. Ah! vuestra majestad tiene un secreto?
REY. Sí, caballero.
ART. Entonces, acepto las veinte y cinco mil libras, y basta las cincuenta, porque guardaré ese secreto, y la discrecion no tiene precio en los tiempos que corren. Vuestra majestad quiere hablar ahora?
REY. Más adelante.
UGIER. (*Anunciando.*) El señor conde de la Fére.
ART. Athos!
REY. A quién llamais Athos?
ART. Es cierto, señor; no conoceis bajo ese nombre á uno de los hombres más valientes de vuestro reino, y uno de los corazones más nobles de la tierra.
REY. Poco importa el nombre, caballero, puesto que le conozco. Os agradaria verle, y anunciarle vos mismo que habeis sido nombrado capitan general de los mosqueteros?
ART. Con toda mi alma, señor!
REY. (*Al Ugier*) Que entre el señor conde de la Fére.

ESCENA XI.

DICHOS, *y* ATHOS.

ATH. Señor!...
REY. (*A Athos.*) Caballero, no habeis visto, al entrar aquí, á uno de vuestros mejores amigos?
ATH. Donde está el Rey, señor, no veo más que al Rey.
REY. Pues bien, yo os permito que veais al caballero d'Artagnan, mi capitan general de mosqueteros, y que le abraceis.
ART. Querido Athos!
ATH. Amigo mio, os felicito con todo mi corazon, y felicito sobre todo á su majestad por haberos dado la recompensa que hace tanto tiempo teniais merecida.
REY. Supongo, señor conde, que venis á pedirme alguna cosa?
ATH. No lo ocultaré á vuestra majestad... Vengo, en efecto, á solicitar... el permiso para el casamiento de mi hijo el vizconde de Bragelonne, con la señorita Luisa de la Valliére.
REY. Ah! sí... ya sé... me la han presentado... es una de las damas de honor designadas para el servicio futuro de Enriqueta de Inglaterra.
ATH. En efecto...
REY. Es rica?
ATH. No mucho, señor; quince á veinte mil libras de dote todo lo más; pero los enamorados no son interesados, y aún yo mismo hago poco caso del dinero.
REY. Con quince mil libras de dote y sin rentas, difícil es alternar en la córte. Pero, en fin, nosotros proveeremos; quiero hacer esto por Bragelonne; sin embargo, permitidme que os diga, señor conde, que se me ha figurado no mirais con buenos ojos ese casamiento.
ATH. Pues bien, señor, es verdad.
REY. Entonces, no os comprendo; teneis más que negar vuestro consentimiento?
ATH. Oh! yo amo á Raoul con todo mi amor paternal; está enamorado de la señorita de la Valliére, y se ha forjado un paraíso para el porvenir; no soy de los que quieren desvanecer las ilusiones de la juventud.
REY. Y ella, le ama?
ATH. Si vuestra majestad quiere que le diga la verdad, no creo mucho en el amor de la señorita de la Valliere; ella es jóven, y el placer de ver la córte, y de estar al servicio de la hermana del Rey, disminuirán en parte, se-

gun temo, la ternura de su corazon; será, pues, un casamiento como otros muchos de los que se hacen en la córte; pero Raoul lo quiere, y no me opongo.

Rey. Y yo, que quiero como vos la dicha de Raoul de Bragelonne, me opongo en este momento á que se case.

Ath. Señor...

Rey. No os inquieteis, conde. Tengo miras sobre vuestro hijo. No digo que no se casará con la señorita de la Valhére, pero despues que haya hecho fortuna. En una palabra, conde, quiero que espere.

Ath. Señor... os suplico...

Rey. Señor conde, deciais que habiais venido á pedirme un favor?...

Ath. Si señor.

Rey. Pues bien, concededme uno, no hablemos más de eso. Era eso todo lo que teniais que pedirme?

Ath. Todo absolutamente, señor, y me despido de vuestra majestad. Pero os parece que prevenga á Raoul?

Rey. Ahorraos esa molestia; decid al vizconde que yo le hablaré; os espero esta noche en mi tertulia.

Ath. Vengo en traje de camino, señor.

Rey. No importa. Espero que llegará un dia en que no os separareis de mí. Antes de poco, conde, se establecerá la monarquía, de modo que ofrezca una digna hospitalidad á todas las personas de vuestro mérito.

Ath. Señor, con tal que un Rey sea grande en el corazon de sus súbditos, poco importa el palacio que habite, puesto que es adorado en un templo! (*Athos va á reunirse con Artagnan que habia permanecido en el fondo.*)

Rey. Vamos, el dia ha sido bueno! Trece millones en mis arcas, Colbert la caja, y d'Artagnan la espada; ahora sí que soy verdaderamente Rey!

ACTO SEGUNDO.

Cuadro II.—En la Bastilla, en la habitacion del gobernador.

ESCENA PRIMERA.

D'Artagnan, un Lacayo.

Art. Mr. Montlezun, gobernador de la Bastilla?

Lac. Está recorriendo los departamentos. A quién le anuncio?

Art. Al caballero d'Artagnan, capitan general de los mosqueteros del Rey. (*Vase el Lacayo.*) A fe mia, puesto que tengo ese título, usaré de él tanto más, cuanto que probablemente no lo llevaré tanto tiempo como lo he esperado.

Bai. (*Dentro.*) Mr. d'Artagnan, capitan general de los mosqueteros del Rey? Mr. d'Artagnan se toma el trabajo de venir en persona?... (*Entra en escena.*)

ESCENA II.

Baisemeaux, D'Artagnan.

Art. A visitar á un antiguo amigo?... Qué tiene eso de extraño?

Bai. Pero en fin, cómo es que justamente cuando yo tenia tanta precision de veros, llegais tan á punto?

Art. Ya sabeis que siempre me sucede lo mismo. Pero para que no creais que hay en esto ninguna cosa extraordinaria, voy á deciros cómo ha pasado.

Bai. Tomad asiento.

Art. Al entrar en casa de Plauchet, sé que Mr. de Baisemeaux me ha hecho el honor de ir tres veces á saber de mí, una ayer, y dos hoy. Entonces me dije: «Cuando el gobernador de la Bastilla se incomoda para venir á ver á un simple particular,—porque es evidente que vos me creais un simple particular,—es preciso que el caso sea grave.»—Entonces dije: Daremos un paseo á pié hasta la Bastilla, y descansaré de mi caminata á caballo.

Bai. Y habeis venido, hombre admirable!

Art. Y he venido como decis.

Bai. Os doy un millon de gracias por vuestra bondad, señor caballero.

Art. Decid más bien por mi curiosidad — Ahora os escucho, hablad!

Bai. Pues bien, es cierto; hoy he ido á veros por tercera vez. — Pero vamos, si no vuelvo en mí de mi sorpresa! Sabeis que teneis una bella posicion, mi querido d'Artagnan? Capitan general de los mosqueteros del Rey!

Art. Y vos! Gobernador nada ménos que de la Bastilla, primera prision de Estado de Francia!

Bai. Ay! ya sé que hay muchos que envidian mi posicion! Pero antes de que hablemos, dejadme dar una órden. (*Llama en un timbre.*)

Art. Dadla.

Bai. (*Al Lacayo que entra.*) Cuando la persona que espero se presente, haced que pase por el corredor secreto, y avisadme.

Lac. Está bien, señor gobernador. (*Vase.*)

Bai. (*A d'Artagnan que cuenta por los dedos.*) Qué estais contando?

Art. Calculaba lo que podeis ganar un año con otro; apuesto á que pasa de cincuenta mil libras?

Bai. Y aún cuando pasase de sesenta mil, os parece mucho?

Art. No, pero por lo mismo creo que no teneis motivos para quejaros.

Bai. Es que olvidais un detalle, querido d'Artagnan.

Art. Cual?

Bai. Que vos habeis recibido de manos del Rey vuestro empleo de capitan.

Art. Y vos?

Bai. Yo he comprado el de gobernador de la Bastilla.

Art. Es cierto, á los señores Louviere y Tremblay, y supongo que no os lo habrán dado por nada.

Bai. Sí, sí... setenta y cinco mil libras á cada uno, mi querido señor d'Artagnan, y además tres años de rentas como adelanto.

Art. Eso es exorbitante!

Bai. Pues no es eso todo.

Art. Hay más?

Bai. Si les falto en un solo pago de cincuenta mil libras, al dia siguiente de vencido, vuelven á entrar en posesion de su plaza.

Art. Pero cómo es que reducido á vuestros propios recursos, habeis podido suscribir tales condiciones? Porque vos no erais más que un simple mosquetero.

Bai. He hallado un amigo que me ha prestado fondos.

Art. Quién?

Bai. Un amigo tambien vuestro. El caballero d'Herblay, que ha ofrecido responder de mí.

Art. Aramis! Me dejais admirado! Aramis ha respondido por vos?

Bai. Como hombre honrado.

Art. Y ha cumplido su palabra?

Bai. Todos los dias 31 de Mayo, antes de las doce, he tenido mis cinco mil pistolas para distribuirlas á mis cocodrilos.

Art. Entonces debeis ciento cincuenta mil libras á Aramis?

Bai. Esta es mi desesperacion, que no le debo más que cien mil.

Art. No os comprendo.

BAI. Los dos primeros años ha venido el 31 de Mayo antes de las doce; pero hoy estamos á 31, y son las seis de la tarde, y todavía no ha venido... á no ser que... (*Llama, y dice al Lacayo.*) Nadie?

LAC. Nadie, señor gobernador.

BAI. Idos! De suerte que, segun el contrato, si mañana no he pagado á esos señores, pasado mañana volverán á entrar en posesion de su destino, y los habré regalado doscientas cincuenta mil libras, señor d'Artagnan! Doscientas cincuenta mil libras!

ART. En efecto, eso es terrible!

BAI. Por eso pasé á veros una vez ayer, y dos veces hoy.

ART. Con qué objeto?

BAI. Con el de que me dierais las señas de la habitacion del caballero d'Herblay, que supongo continuará siendo vuestro amigo.

ART. Sí, lo es aún, pero ignoro dónde vive.

BAI. Entonces soy perdido! (*Se levanta.*)

ART. A dónde vais?

BAI. Voy á echarme á los piés del Rey.

ART. De nada servirá. Dadme vuestra palabra de honor de que no direis nada á nadie, y sobre todo á Aramis, del consejo que voy á daros.

BAI. Os la doy.

ART. Pues bien, id á ver á Mr. Fouquet.

BAI. Y qué relacion?...

ART. Aramis es de Mr. Fouquet en cuerpo y alma.

BAI. Ah! Me abrís los ojos.

ART. Pero la palabra...

BAI. Es sagrada. (*Llama despues al Lacayo.*) Nadie?

LAC. Nadie.

BAI. Enganchad.—Caballero d'Artagnan, os llevaré donde querais.

ART. Eso es, para que me vean en el carruaje con vos. Buen modo de guardar secreto!

BAI. Teneis razon, no sé lo que me digo. Pero cómo os ireis?

ART. Pardiez! A pié como he venido. La conciencia de haberos prestado un servicio, me hará parecer el camino más corto. Con que, buena suerte, Montlezun!

BAI. Dejad que os acompañe, sin lo cual no os dejarian salir.

ART. Cáspita! Y qué diria el Rey si al despertarse mañana no hallara á su capitan de mosqueteros?

BAI. (*Acompañando á d'Artagnan.*) Dejad salir al caballero d'Artagnan, capitan general de los mosqueteros.

OTRA VOZ (*Dentro.*) Dejad salir al caballero d'Artagnan, capitan general de los mosqueteros.

OTRA VOZ. (*Más lejana.*) Orden del gobernador... (*Durante este tiempo entra Aramis por una puerta secreta.*)

ESCENA III.

BAISEMEAUX, *en el fondo*, ARAMIS.

ARA. (*A sí mismo.*) D'Artagnan, capitan general de los mosqueteros?... Luego ha entrado en el partido del Rey? Diablo!

BAI. Están enganchados los caballos?

LAC. Sí, señor gobernador..

BAI. (*Volviendo á la escena para tomar su sombrero.*) Allá voy.

ARA. (*Sentado en un sillon.*) Salís, señor gobernador?

BAI. Mr. d'Herblay!... De dónde venís?

ARA. Vengo del corredor por donde acostumbro á entrar.

BAI. Ay! Dios mio! A mí me va á dar algo!

ARA. De miedo?... Os produce ese efecto mi presencia?

BAI. No, de alegría, caballero!

ARA. No es hoy el 31 de Mayo?

BAI. Ah! no lo habeis olvidado!

ARA. No me esperabais?

BAI. No, ya no os esperaba.

ARA. Pero hasta mañana antes de las doce, no espira el plazo, luego no hay tiempo perdido.

BAI. Ah! sois el más fiel de los hombres de palabra.

ARA. Vamos, y qué tal? Haceis negocio en la Bastilla?

BAI. Pse!

ARA. Os dejan mucho provecho los prisioneros?

BAI. Así, así.

ARA. Habeis pagado vuestros tres años de beneficios á Louviere y Temblay?

BAI. Sí.

ARA. De suerte que no queda ya que darles más que las cincuenta mil libras que os traigo?

BAI. Nada más.

ARA. Y no habeis hecho economías?

BAI. Hasta ahora me ha sido imposible.

ARA. Cuántos prisioneros teneis?

BAI. Sesenta.

ARA. Vamos, es una cifra respetable.

BAI. Sí, pero la mayor parte son pobres, y esos no me dejan nada; querreis creer que algunos prisioneros, despues de haber cumplido, se hacen prender otra vez, sólo por el gusto de volver á probar la cocina de la Bastilla? Eso sólo os dará una idea de lo bien que los trato. Lo dudais?

ARA. Confieso que...

BAI. Tenemos nombres inscritos hasta tres veces en el espacio de dos años.

ARA. Seria preciso que yo lo viese para creerlo.

BAI. Os lo puedo hacer ver.

ARA. Dónde?

BAI. En los registros.

ARA. Yo creia que os estaba prohibido enseñar los registros á los extraños.

BAI. Es verdad, pero vos no sois un extraño.

ARA. Es justo; mostrádmelo, pues, mi querido Montlezun.

BAI. Elegid una letra á la casualidad.

ARA. La que querais... Por ejemplo, la M.

BAI. La letra M? Bien. Mirad, M... Martinier, Enero de 1659; Martinier, Junio de 1660; Martinier, Marzo de 1661; libelos contra Mazarino, etc., etc. Comprendereis que esto no es más que un pretexto; entonces á nadie se metia en la Bastilla por hablar contra Mazarino.

ARA. Y este otro? Mirad, Marchiali.

BAI. Chut!

ARA. Es tambien otro conspirador?

BAI. Chut!

ARA. Por qué me decís que calle?

BAI. Creia que ya os habia hablado de ese Marchiali.

ARA. No, es la primera vez que oigo pronunciar ese nombre. Es grande su crímen?

BAI. Imperdonable!

ARA. Ha asesinado?

BAI. Bah!

ARA. Incendiado?

BAI. Eso es poca cosa.

ARA. Calumniado?

BAI. No, pero él es quien...

ARA. Acabad.

BAI. (*Bajo.*) Quien se permite parecerse al Rey.

ARA. (*Para sí mismo.*) Hénos aquí. (*Alto.*) En efecto, amigo mio, creo que me dijisteis algo de eso el año anterior; pero el crímen me pareció tan ligero...

BAI. Ligero?

ARA. O más bien, tan involuntario! En fin; lo habia olvidado; primero, porque me figuré que esa semejanza seria imaginaria...

BAI. Imaginaria!... Quien ve al prisionero, ve al Rey! (*Bajando la voz.*)

ARA. (*Con aire de duda.*) Vamos; creo que ese es un juego de vuestra imaginacion, mi querido gobernador.

BAI. No, á fe mia! Ya sé que hay parecidos de parecidos; pero este es tan maravilloso... si le vieseis...

ARA. Y bien?

BAI. Quedariais convencido. Por desgracia, está prohibido introducir personas extrañas en el cuarto de los prisioneros.

ARA. Hace poco deciais que yo no era un extraño.

BAI. Para mí no, pero sí para los calaboceros que os viesen entrar.

ARA. En efecto, es una desgracia, como deciais. Confieso que no soy curioso, pero hubiese dado cualquier cosa por ver á ese... Cómo lo llamais?

BAI. Marchiali.

ARA. Marchiali.

BAI. Esperad!...

ARA. Qué?

BAI. Se me ocurre una idea.

ARA. Cuál?

BAI. Puesto que no podeis entrar en los cuartos de los prisioneros, ningun reglamento me prohibe que yo haga venir al prisionero á mi cuarto.

ARA. Sin duda, podeis hacer venir aquí...

BAI. A Marchiali. (*Llama.*) Decid al jefe de los carceleros, que haga venir al segundo Bertodier.

ARA. Mi querido gobernador, dispensadme, pero hablais un lenguaje para el que se necesita cierto aprendizaje.

BAI. Es verdad; *segundo Bertodier* quiere decir, el que ocupa el segundo piso de la torre Bertodier. Una vez en la Bastilla, ya no se tiene nombre, se deja de ser hombre, y se pasa á ser número.

ARA. Sin duda voy á ver algun desgraciado... moribundo... alguna sombra, algun espectro?...

BAI. Nada de eso, es un jóven bastante guapo, y robusto como una encina.

ARA. Chis!... Oigo pasos.

BAI. Ya le traen. (*Aramis se levanta y se descubre.*) Y bien, qué haceis?

ARA. Es justo. (Me iba á vender!)

ESCENA IV.

DICHOS, MARCHIALI.

ARA. (*Mirando con atencion á Marchiali.*) Dios mio! Dios mio!

BAI. (*A los carceleros.*) Dejadme solo con el prisionero, tengo que dirigirle algunas preguntas. (*A Marchiali.*) Mucho tiempo hace que no os habia visto, caballero.

MAR. Es cierto.

BAI. Parece que os tratan bien en la Bastilla?

MAR. No puedo quejarme.

BAI. (*A Aramis.*) (Que os parece?)

ARA. Increible!... Puedo hablarle, preguntarle si sabe por qué está aquí?

BAI. Ya lo ois, Marchiali; este caballero me encarga os pregunte si conoceis la causa de vuestra detencion.

MAR. No, caballero, no la conozco.

ARA. Imposible! Si no la conocieseis, estariais furioso.

MAR. Lo estuve durante los primeros dias, pero despues he reflexionado, que no habiendo cometido ningun crímen, Dios no podia castigarme.

ARA. Al oiros, caballero, y al ver vuestra resignacion, se creeria que estabais á gusto.

MAR. He dicho que no me quejo.

ARA. Acaso con la certeza de ser libre un dia?

MAR. No tengo la certeza, pero tengo la esperanza; sólo que cada dia que pasa, se lleva consigo una parte de esa esperanza.

ARA. Pero en fin, por qué no habeis de veros libre, puesto que lo habeis sido ya en otro tiempo?

MAR. Justamente por eso desespero. Por qué se me habia de haber aprisionado, si se hubiese tenido intencion de devolverme un dia la libertad?

ARA. Qué edad teneis?

MAR. No lo sé.

ARA. Qué nombre llevabais en otro tiempo?

MAR. Lo he olvidado.

ARA. Os acordais de vuestros padres?

MAR. No los he conocido jamás.

ARA. Pero, y los que os han educado?

MAR. No me llamaban su hijo.

ARA. Amabais á alguno antes de venir aquí?

MAR. Amaba á mi nodriza, mis flores y mis pájaros. Tambien queria á mi criado.

ARA. Y qué ha sido de ellos?

MAR. Han muerto.

ARA. Hace mucho tiempo?

MAR. La víspera del dia en que se me encarceló.

ARA. Y cómo se os encarceló?

MAR. Un hombre fué á buscarme, me hizo subir en un coche cerrado, y me condujo aquí.

ARA. Conoceriais á ese hombre?

MAR. Llevaba una máscara.

BAI. (*Que ha estado escribiendo.*) No es verdad que la historia es extraordinaria?

ARA. No puede serlo más.

BAI. Pero lo más extraordinario aún, es que jamás me ha dicho tanto como á vos ahora.

ARA. (*A Marchiali.*) No os acordais haber sido visitado por alguna persona extraña?

MAR. Tres veces por una señora, que se detuvo á la puerta en un carruaje, y entró cubierta con un velo que no levantó hasta que estuvimos encerrados y solos.

ARA. Recordais á esa señora?

MAR. Sí.

ARA. Qué os decia?

MAR. Me preguntó lo mismo que vos: si era feliz, y si me fastidiaba.

ARA. Y cuando se retiraba?

MAR. Me abrazaba y estrechaba contra su corazon.

ARA. Recordais sus facciones?

MAR. Sí.

ARA. Y la reconoceriais si la casualidad la trajese ante vos, si os condujese á ella?

MAR. La reconoceria.

BAI. (*A Aramis.*) (Y bien, habeis visto todo lo que queriais ver?)

ARA. (Todo.)

BAI. (Habia exagerado su semejanza?)

ARA. (Al contrario, os habiais quedado inferior á la realidad.)

BAI. (Me creereis otra vez?)

ARA. (Os doy mi palabra.) (*A Marchiali.*) Ahora, caballero, tanto el señor gobernador como yo, sentimos haberos incomodado.

MAR. Al contrario, caballero, he agradecido mucho que me hayais hecho atravesar el patio. Es tan puro el aire libre! (*Suspira.*)

BAI. (*Yendo á abrir la puerta.*) Acompañad al prisione-

ro! (*Los calaboceros entran y se llevan á Marchiali que saluda. Baisemeaux le devuelve el saludo ligeramente; Aramis, por el contrario, lo saluda con una profunda cortesía.*)

ESCENA V.

BAISEMEAUX, ARAMIS

BAI. Y bien, qué decis de todo esto?

ARA. Digo, que es extraordinario é incomprensible. Ahora, mi querido gobernador, volvamos á nuestro negocio. Aquí teneis vuestras últimas cincuenta mil libras.

BAI. Os doy un millon de gracias, caballero d'Herblay. Qué tiempo me concedeis para el reembolso? Fijadlo vos mismo.

ARA. Bah! no fijeis plazo: hacedme solamente un simple recibo de ciento cincuenta mil libras.

BAI. Pagaderas?

ARA. A mi voluntad; pero ya comprendereis que no las querré hasta que vós querais.

BAI. (*Escribiendo.*) Os habia dado dos recibos...

ARA. Sí, aquí están; voy á romperlos. (*Lee por encima del hombro del gobernador.*)

BAI. Es esto?... Leed.

ARA. Está bien... (*Lo guarda en su bolsillo.*) (Era preciso tener por obligado y deudor al gobernador de la Bastilla.) (*Alto.*) A propósito, se me olvidaba... Debeis tener aquí un prisionero bastante jóven... no me acordaba de ese pobre diablo.

BAI. Sí, ya sé; poco más ó menos de la edad de Marchiali.

ARA. Cómo se llama?

BAI. Seldon.

ARA. Ah! sí, un poeta. Está aquí por haber compuesto dos versos, contra no sé quién.

BAI. Me lo han recomendado, pero como me produce tan poco, el mejor dia os le envio.

ARA. Haced lo que gusteis. No tengo en ello ningun interés. Ea, adios, señor gobernador. (*Aparte al irse.*) Vamos, madama de Chevreuse me habia dicho verdad, lo cual le sucede pocas veces. Marchiali es hermano del Rey!

ACTO SEGUNDO.

CUADRO III.—EN FONTAINEBLEAU: UNA SALA DEL PALACIO.

ESCENA PRIMERA.

ARAMIS, FOUQUET.

ARA. Así, pues, mi querido superintendente, vais á presentarme al Rey?

FOUQ. La audiencia que he pedido á su majestad esta mañana, no tiene otro objeto. Pero dónde está Porthos!... porque quiero presentarlo tambien al Rey... Este era su sueño dorado... y puesto que es de los nuestros... Pero no le veo.

ARA. Está concluyendo de vestirse. Ya sabeis que dicha operacion es para Porthos una obra maestra.

FOUQ. Aramis! Porthos! Con tales amigos, qué no puede emprenderse?... Ah! si tuviésemos con nosotros á d'Artagnan y Athos!

ARA. Sí, volveriamos á empezar las hazañas de otros tiempos... Pero nos falta d'Artagnan... es del partido del Rey... En cuanto á Athos, puede que una circunstancia particular nos facilite á su hijo.

FOUQ. Qué quereis decir?

ARA. Ya sabeis que Athos habia pedido al Rey para el vizconde de Bragelonne la mano de la señorita de la Valliére. El Rey negó su consentimiento, ó más bien, aplazó el casamiento. No es eso todo: hace algun tiempo dió el Rey á monsieur de Bragelonne un mensaje para su majestad Cárlos II, y monsieur de Bragelonne partió para Inglaterra: su viaje unido á ciertas atenciones que el Rey parece tener por la Valliére, es significativo. Además, parece que dias pasados sorprendió el Rey, oculto tras la encina real, una conversacion de las camaristas, en la que la señorita de la Valliére confesó á estas que no podia amar á Bragelonne, porque á quien amaba era al Rey. Ahora bien, si Athos y su hijo sospechan alguna cosa, quién sabe lo que será de sus sentimientos de fidelidad y abnegacion al Rey? A propósito, habeis enviado á la señorita de la Valliére el billete que os aconsejé le escribieseis?

FOUQ. Qué utilidad creeis que puede haber en que yo me ocupe de la señorita de la Valliére?

ARA. Qué utilidad? Una muy grande! Creedme, haceos amigo de ella; para vos es cosa fácil! Vuestra firma al pié de una carta muy tierna, vale un millon!

FOUQ. Dinero! Si supieseis á qué precio me he procurado las últimas sumas que he vertido en las arcas del Rey!

ARA. Preciso, es sin embargo, que resistais hasta el fin. Algunos sacrificios más, y os vereis recompensado de un modo superior á cuanto hayais podido figuraros.

FOUQ. En verdad, mi querido d'Herblay, vuestra confianza me espanta aún más que el odio de mis enemigos. Qué deciais pues? Qué es lo que quereis?

ARA. Deseo que en el trono de Francia haya un Rey que sea fiel á monsieur Fouquet... y quiero que monsieur Fouquet me sea fiel.

FOUQ. Oh! en cuanto á perteneceros, os pertenezco en cuerpo y alma... pero el Rey jamás me será fiel.

ARA. Suponed que ese Rey sea otro hombre que Luis XIV.

FOUQ. Otro hombre?

ARA. Sí, que os lo deba todo.

FOUQ. Imposible!

ARA. Hasta un trono.

FOUQ. Oh! estais loco! No hay más hombre que el Rey Luis XIV que pueda sentarse en el trono de Francia. Al menos yo no le veo.

ARA. Pues yo sí. Pero tranquilizaos... mi Rey, ó más bien vuestro Rey... será un verdadero príncipe de la sangre.

FOUQ. Tened cuidado, Aramis! No os comprendo... pero sin saber por qué, me haceis estremecer.

ARA. No temais nada, amigo mio, no temais nada. Entre tanto, escribid vuestro billete, y haced que llegue lo más pronto posible á manos de la señorita de la Valliére. Teneis para eso alguna persona segura?

FOUQ. Tengo á Toby, mi criado de confianza.

ARA. Bien.

UN UGIER. El Rey!

FOUQ. El Rey! Y Porthos? Dónde está Porthos?

D'ART. (*Entrando.*) Aquí está, os lo traigo.

POR. Dispensadme, señores, pero he tenido tanto que hacer...

ARA. (*Estrechándole las manos.*) D'Artagnan!... Amigo Porthos!

ESCENA II.

FOUQUET, ARAMIS, D'ARTAGNAN, PORTHOS, EL REY.

REY. (*A Fouquet.*) Ah! sois vos, monsieur Fouquet? Sed bien venido.

FOUQ. Vuestra majestad me honra en extremo, y puesto

qué es tan bueno para mí, me permitirá que le recuerde una promesa de audiencia que me hizo.

Rey. Sí, para dos amigos vuestros; ya me acuerdo.

Fouq. Tal vez el momento es inoportuno, pero...

Rey. No, no; dónde están vuestros amigos?

Fouq. Allí, señor.

Rey. Que se acerquen. (*Aramis se acerca, saluda y espera. Porthos viene detrás de él.*)

Fouq. (*Presentando á Aramis.*) El caballero d'Herblay, señor.

Rey. Deseábais serme presentado, caballero?

Ara. Nunca habia ambicionado semejante honor, á no haber sido alentado por mi protector monsieur Fouquet. (*Aparte, mirando al Rey mientras este se dirige á Porthos.*) Eso es... imposible dudar!

Fouq. (*Presentando á Porthos.*) El señor baron du Vallon... Hace mucho tiempo que yo habria pedido para él el honor de ser presentado; pero ciertos hombres se parecen á las estrellas; no van sin la comitiva de sus amigos; la pleyada no se desune. Hé ahí por qué me alegro doblemente en presentaros á los señores d'Herblay y du Vallon, en el momento en que monsieur d'Artagnan está cerca de vuestra majestad.

Rey. (*Mirando á d'Artagnan.*) Estos señores son amigos vuestros?

D'Art. Sí señor. (*Tomándoles las manos.*) Mis compañeros en los mosqueteros. El caballero d'Herblay y mi amigo du Vallon, que con monsieur de la Fére y yo han formado durante veinte años esa reunion de que tanto se habló en tiempos del Rey difunto y de la regencia.

Rey. Y bien, señores, qué puedo hacer por vosotros? Mucho me place recompensar á los fieles servidores de mi padre.

Por. Señor... señor...

Rey. (*A Aramis.*) Veamos, Mr. d'Herblay.

Ara. Señor, no me queda nada que desear, nada que pedir, ahora que he tenido el honor de ser presentado á vuestra majestad... (*Aparte.*) y cerciorarme de esa perfecta semejanza con Marchiali.

Rey. Y vos Mr. du Vallon!

Art. Señor, este bravo caballero se ve desconcertado por la dignidad de vuestra persona; él que ha sostenido el fuego de mil enemigos, no puede sostener el de vuestra mirada; pero yo sé lo que piensa, y más acostumbrado que él á mirar el sol, voy á deciros su pensamiento, señor. A su vez no desea nada, no quiere nada, y sí sólo contemplar á vuestra majestad durante esta noche.

Rey. Cenaréis conmigo, señores. Vos tambien, Mr. Fouquet.

Todos. Señor... (*El Rey acompañado de Fouquet pasa delante de los grupos de caballeros.*)

Ara. (*A d'Artagnan.*) Querido d'Artagnan, sabeis que soi el único para hacer el elogio de vuestros amigos?

Art. De *mis* amigos?

Ara. Sí... continuais queriéndome siempre, mi querido d'Artagnan?

Art. Ciertamente...

Ara. Pues bien, entonces, hablemos como en los buenos tiempos.

Art. Escucho.

Ara. Quereis ser mariscal de Francia, duque, par y tener un millon?

Art. Qué es preciso hacer para obtener todo eso?

Ara. Ser partidario de Mr. Fouquet, mi amigo.

Art. Imposible, soy del partido del Rey.

Ara. Pero teneis ambicion, con un corazon tan magnánimo como teneis?

Art. Sí.

Ara. Y bien?

Art. Deseo ser mariscal; el Rey me nombrará mariscal. Deseo ser duque y par, el Rey me nombrará todo eso. No es el dueño y señor?

Ara. Nadie lo pone en duda. Pero Luis XIII lo era tambien en tiempos de Richelieu.

Art. Sí, pero Luis XIII no tenia por capitan general de sus mosqueteros á d'Artagnan.

Ara. Sí, pero en torno del Rey hay muchos obstáculos.

Art. Mirad, Aramis, veo que todo el mundo aquí piensa en sí, y nadie en ese jóven príncipe; yo me sostendré, sosteniéndole.

Ara. Bueno! Y la ingratitud?

Art. Los débiles son los que temen.

Ara. Pero y si el Rey no necesita de vos?

Art. Al contrario, amigo mio, dentro de poco necesitará más que nunca. Si fuese preciso arrestar á otro Vendome, á otro Condé, quién lo detendria? (*Toca su espada.*) Esta!

Ara. Teneis razon. Vuestra mano, d'Artagnan!

Art. Tomada.

Ara. La estrecho con todo mi corazon, porque es una mano inflexible, pero leal á sus amigos y enemigos.

Art. Gracias, mi buen Aramis.

Ara. D'Artagnan no es de los nuestros... pero afortunadamente nos quedan Athos... y Marchiali.

Rey. (*Volviendo con los cortesanos y hablando con Fouquet.*) Ya lo sabeis, mi querido Fouquet, la invitacion que el caballero Porthos acaba de hacerme para que vaya á comer con él un dia á Pierrefonds, ha despertado en mí un deseo que siempre he tenido.

Fouq. Cuál, señor?

Rey. El de recibir una invitacion para vuestra próxima fiesta en Vaeux.

Fouq. Para mi próxima fiesta?

Rey. Dicen que todos los meses daís fiestas magníficas. Por qué no me habeis hablado nunca de ellas?

Fouq. Señor, cómo habia yo de esperar que vuestra majestad descendiese de las elevadas regiones en que vive, hasta el punto de honrar mi casa con su real presencia?

Rey. Esas son excusas, mi querido Fouquet, excusas solamente.

Fouq. No he hablado á su majestad de mis fiestas, porque temia una negativa.

Rey. Y qué os hacia temerla?

Fouq. El inmenso deseo que tenia de que el Rey la aceptara.

Rey. Pues bien, Fouquet, quiero daros un testimonio público de mi benevolencia. Hago más que aceptar; me convido.

Fouq. Gracias, mi Rey.

Rey. Se cuentan maravillas de vuestro palacio de Vaeux... Os enorgullecerá que el Rey esté celoso de vos?

Fouq. El dia en que el Rey estuviese celoso de mi palacio, ofreceria á mi Rey una cosa digna de él.

Rey. Pues bien, preparad vuestra fiesta, y abrid todas las puertas de vuestro palacio. (*Estrecha la mano á Fouquet.*)

Fouq. (*A Aramis.*) Mi querido d'Herblay, esa fiesta es mi ruina.

Ara. No, puesto que yo estoy aquí. No tengo además tras mí un partido rico y poderoso que tiene interés en sosteneros donde estais?... No temais nada, y no olvideis vuestra carta á la Valliére...

Fouq. (*Llamando.*) Toby?

Toby. (*Apareciendo.*) Señor superintendente...

Fouq. Venid... tengo que confiaros un mensaje importante.

ESCENA III.

Los mismos, MADAMA (1) ENRIQUETA, DE VARDES, LUISA DE LA VALLIÉRE, AURA DE MONTALAIS, ATENAIS DE TONAY-CHARENTE, DAMAS DE LA CÓRTE.

UGIER. (*Anunciado.*) Su alteza real madama Enriqueta!

VAR. (*Bajo á madama.*) Señora, segun vuestras instrucciones, el señor conde de la Fére espera el momento de presentarse ante su majestad.

MAD. Tan pronto como yo consiga mi objeto, ireis á buscar al señor conde.

REY. (*Bajo á Saint-Aignan.*) Oh! Saint-Aignan, mira qué encantadora está la señorita de la Valliére!

SAI. Señor, madama Enriqueta os observa.

REY. Bien, qué me importa?

MAD. (*A sus camaristas.*) Señoritas, cuidado con que olvideis lo que hemos convenido respecto al incidente de haber visto al Rey junto á la encina real.

LUISA. Ah! señora, os juro que ha sido cierto!

MAD. Bien... pero yo quiero... quiero... lo oís bien? que su majestad olvide esos devaneos; para esto es preciso hacer lo que exijo; es preciso sostener atrevidamente que vosotras tres sabiais perfectamente que el Rey estaba allí con M. de Saint-Aignan.

LUISA. Pero, señora, eso es burlarse del Rey, es mentir!

MAD. Si la señorita de la Valliére no quiere mentir, no extrañará que yo la envie á sus valles de la Turena ó del Blesuá, y allí podrá, á su antojo, entregarse á sus ideas de sentimentalismo pastoril... (*Aparte.*) lo cual no tardará en suceder, gracias á las medidas que he tomado. (*Al Rey que vuelve del fondo.*) Con permiso de vuestra majestad, tenemos una sorpresa que deseamos regalar al Rey.

REY. Una sorpresa!

MAD. Sí, mi querido hermano, es... un relato... oh! será corto é interesante!

REY. Véamos ese relato.

MAD. Se trata de una náyade, á quien he tenido ocasion de oir hace poco en la selva, no léjos de una encina... que se llama, segun creo, la encina real... no es cierto, señor de Saint-Aignan?

SAI. Pero, señora. .

VAR. (*Bajo.*) Bien, señora, bien.

MAD. Figuraos, princesa, me dijo la náyade, que las orillas de mi rio acaban de ser testigos de un espectáculo de los más divertidos; dos pastores, curiosos hasta la indiscrecion, se han dejado engañar de un modo muy gracioso por tres ninfas ó pastoras...

REY. (*Aparte, con cólera.*) Engañar!

MAD. Los dos pastores, continuó mi náyade, seguian la huella de las señoritas... pero estas los habian visto deslizarse por el bosque, y á favor de la luna los habian reconocido á través de las enramadas...

REY. (Me reconocieron...!)

SAI. (Dios mio!)

MAD. Las pastoras, viendo la indiscrecion de Tirsis y Amintas, fuéron á sentarse al pié de la encina real, y cuando conocieron que aquellos no podian perder una palabra, les dirigieron inocentemente, lo más inocentemente del mundo, una declaracion incendiaria, que halagó, como no podia menos, el amor propio de los dos oyentes.

REY. (*Levantándose.*) Ah! hé ahí una broma encantadora, referida por vos de un modo no menos encantador; pero habeis comprendido realmente, el lenguaje de las náyades?

MAD. Señor, como temí, en efecto, haber comprendido mal, hice venir á las señoritas de Montalais, de Tonnay-Charente y de la Valliére, rogando á mi náyade que me volviese á referir el relato .. Obedeció, y os afirmo que no me quedó duda alguna. No es cierto, señoritas, no es cierto que la náyade habló absolutamente como yo lo he referido, y que no he faltado en modo alguno á la verdad? Señorita de Charente, es verdad?

ATE. La pura verdad.

MAD. Es cierto, señorita de Montalais?

AURA. Oh! absolutamente, señora.

MAD. Y vos, la Valliére?

LUISA. Si...

REY. (Ella tambien! Me engañaba! Era una comedia indigna!)

VAR. (*Bajo á Madama.*) Triunfais!

MAD. De Vardes, id á buscar al señor conde de la Fére. (*Vase de Vardes.*) Ha agradado al Rey la historia de mi náyade?

REY. Ciertamente, señora; tanto más, cuanto que ha sido muy verídica, y que nadie... nadie... ha puesto en duda su autenticidad...

MAD. Ahora, señor, me será permitido solicitar algunos momentos de audiencia para el señor conde de la Fére?

REY. Una audiencia en este momento?

MAD. Se trata de una cosa que importa en extremo á la dicha de uno de vuestros mejores caballeros... en la que yo misma tengo un gran interés. Ahí teneis á monsieur de la Fére.

ATH. (*Presentado por de Vardes.*) Señor...

REY. (*Con una especie de impaciencia.*) Y bien, señor de la Fére, qué hay?

ATH. El Rey recordará sin duda, que en el Louvre tuve el honor de dirigir á su majestad una peticion respecto al casamiento de mi hijo con la señorita de la Valliére.

REY. (*Con vacilacion.*) Ah!... en efecto, caballero... creo acordarme...

ATH. Vuestra majestad dijo entonces, que aplazaria este casamiento por el bien de monsieur de Bragelonne. Hoy es tan desgraciado mi hijo, que no he podido diferir por más tiempo solicitar una solucion. Vengo de Lóndres con mi hijo. Madama Enriqueta, que sabia nuestra llegada, se ha dignado llamarme y prometerme su asistencia. A su bondad debo poder hablar en este momento á vuestra majestad... Excusad mi importunidad, señor .. y dignaos pronunciar una resolucion favorable á mi hijo.

REY. Nada tengo que decir... La señorita la Valliére no pertenece á mi servidumbre... Si mi hermana... si la señorita la Valliére lo quieren...

ATH. Vuestra majestad no se opondria?... Consentiria el Rey?...

REY. Ni me opongo ni consiento.

ATH. En fin, vuestra majestad veria este enlace sin desagrado?

REY. Sí .. Adios, señor conde de la Fére.

ATH. (*Inclinándose.*) Señor... (*Vase el Rey mirando á Luisa que ha quedado anonadada.*)

MAD. (*A Athos, despues que el Rey se ha alejado.*) Y bien, estais satisfecho?

ATH. Señora, vuelo á instruir á mi hijo de la dicha que os debe, y vuelvo con él para poner á los piés de vuestra alteza real nuestros respetos y nuestra gratitud.

MAD. Id, señor conde...

VAR. (*Bajo á Madama.*) Os doy mi enhorabuena, señora!

(1) En Francia se da el nombre de Madama á la hermana del Rey.

LUISA. (*Sostenida por Aura y Alenais.*) Ah! creo que voy á morir!

ACTO TERCERO.

CUADRO IV.—EL DEPARTAMENTO DE LAS CAMARISTAS EN EL PALACIO DE FONTAINEBLEAU.

ESCENA PRIMERA.

COLBERT, LA REINA, *comitiva.*

REINA. Quedémonos aquí, Colbert.

COL. Sufris, señora?

REINA. En efecto, no me siento buena.

COL. Quereis que avise al doctor?

REINA. Es inútil, Colbert, estoy mejor, y además, monsieur Vallot no me curaria. Se me ha hablado de una mujer de Bruges que hace curas maravillosas, he mandado llamar á esa mujer á Fontainebleau, y estoy esperando. Pero volvamos á nuestros asuntos. No os ocultare que el Rey parece ha devuelto su confianza á monsieur Fouquet. En vista de esto, creo que hareis bien en deponer un poco vuestros sentimientos de odio...

COL. Señora, no es el odio el que me anima, es una conviccion...

REINA. Una conviccion?

COL. Si, señora; estoy convencido de que monsieur Fouquet, no contento con recaudar para si todo el dinero, como hacia Mazarino, privando de este modo al Rey de una parte de su poder, quiere además ganar á todos sus amigos. Estoy convencido de que usurpa una parte de la prerogativa real, y que procura relegar á su majestad entre los débiles y los oscuros; porque estoy convencido de esto, es por lo que combato á ese coloso de orgullo. Obrando así, llevo por objeto, no la satisfaccion de un odio personal, sino únicamente el servicio, el bien del Estado, y además la gloria y el honor de la autoridad real...

REINA. Unicamente? Debo creeros, Colbert.

COL. Pero y vos misma, señora?

REINA. Oh! caballero, confieso que yo tambien he sido enemiga del señor superintendente; pero entonces mi hijo se hallaba bajo tutela, sin recursos, sin autoridad; como madre sufria; como Reina me veia humillada. Hoy mi hijo no recibe los consejos, es decir, las órdenes de Mazarino, hoy es Rey...

COL. (*Aparte.*) No importa, venga una prueba, un arma contra monsieur Fouquet, y no la dejaré escapar.

UNA *azafata de la Reina.* Señora, la mujer de Bruges está ahí, y sólo espera que vuestra majestad se digne recibirla.

REINA. Que pase. (*Sube hácia el fondo. Entre tanto Toby entra por una puerta del lado.*)

TOBY. (*A Colbert.*) Monseñor, os buscaba... Este billete que me han confiado... Tomad, tomad pronto.

COL. (*Mirando el billete.*) Del superintendente á la señorita de la Vallière!... Ah! gracias, Toby, no te olvidaré! Hé aquí la prueba que yo esperaba!... Señor Fouquet, estais perdido!

ESCENA II.

DICHOS, *una* DAMA *enmascarada.*

REINA. (*A la Dama.*) Acercaos... Quién sois?

DAMA. Una dama del beaterio de Bruges, y traigo el remedio que debe curar á vuestra majestad.

REINA. Ignorais que no se habla á las personas reales con una máscara en el rostro?

DAMA. Dignaos excusarme, señora.

REINA. No puedo excusaros, puedo perdonaros si os quitais esa máscara.

DAMA. Es un voto que he hecho, señora, de aliviar á los que sufren sin dejarles ver nunca mi rostro.

REINA. Ah! Pues bien, hablad.

DAMA. Cuando estemos solos. (*A una señal de la Reina, todo el mundo se aleja.*)

REINA. Ahora hablad, señora, y plegue á Dios que podais, como acabais de decir, dar alivio á mi cuerpo.

DAMA. Ante todo, una pregunta. Qué desgracias han sucedido á vuestra majestad de veinte y tres años á esta parte?

REINA. Oh! muchas. No he perdido al Rey?

DAMA. No hablo de esa clase de desgracias. Quiero preguntaros si desde... el nacimiento del Rey... la indiscrecion de una amiga no causó algun dolor á vuestra majestad.

REINA. No os comprendo.

DAMA. Voy á hacerme comprender. Vuestra majestad recuerda que el Rey nació el 5 de Setiembre de 1638, á las once y cuarto.

REINA. Todo el mundo lo sabe.

DAMA. Ahora llego, señora, á lo que pocas personas saben, puesto que el secreto fué asegurado por la muerte de los principales que en él tomaron parte.

REINA. (*Prestando atencion.*) Continuad...

DAMA. Eran las ocho de la noche. El Rey se hallaba cenando satisfecho y alegre como de costumbre. De repente vuestra majestad exhaló un grito agudo, y la partera Peronne acudió á la cabecera de vuestro lecho. Los médicos comian en una sala lejana. El palacio, desierto á fuerza de haber sido invadido, no tenia ya ni consigna ni guardias. La partera, despues de haber examinado el estado de vuestra majestad, os estrechó en sus brazos, loca de dolor, y envió á Laporte para prevenir al Rey, que vuestra majestad, que la Reina queria verle en su habitacion; el Rey llegó en el momento en que la señora Peronne le entregaba otro príncipe, bello y robusto como el primero, diciéndole: «Señor, Dios no ha querido que el reino de Francia permanezca huérfano.» Al principio sintió el Rey un movimiento de alegría, pero despues reflexionó que dos hijos iguales en derechos, iguales en pretensiones, equivalia á la guerra civil, á la anarquía... y entonces...

REINA. (*Con agitacion.*) Y entonces?...

DAMA. No necesitando más que del primer reciennacido, ocultaron el segundo á la Francia... lo ocultaron al mundo entero.

REINA. Veo que sabeis demasiado, puesto que estais enterada hasta de los secretos de Estado... En cuanto á los amigos que os han confiado ese secreto, son amigos falsos y cobardes! Ahora, quitaos esa máscara, ú os hago prender por mi capitan de guardias... Oh! ese secreto no me inspira miedo, me lo devolvereis! Se helará en vuestro seno! Ni ese secreto ni vuestra vida os pertenecen desde este momento!

DAMA. Señora, aprended á conocer la discrecion de vuestros amigos abandonados! (*Se quita la máscara*).

REINA. Madáma de Chevreuse!

DUQ. La única confidente del secreto de vuestra majestad.

REINA. Ah! Perdonad, duquesa!... Ay! jugar con las penas mortales de sus amigos, es matarlos!

DUQ. Llorais! Sois jóven aún!...

REINA. Y vos habeis venido... vos... vos...

DUQ. Sí, señora, he venido, á pesar de la órden que me condena al destierro; he venido, porque envejezco, porque me siento muy delicada, y antes de morir queria

entregar á vuestra majestad cierto papel... peligroso para vos.

REINA. Un papel peligroso?

DUQ. Sí... este billete... fechado el mártes 2 de Agosto de 1644, en el que recomendabais fuera á Noisy-le-Sec para ver á ese desdichado niño.

REINA. Sí, desdichado, muy desdichado! Qué existencia para llegar á un fin tan cruel!

DUQ. Pensais, pues, que ha muerto?

REINA. Ay! sí: muerto de consuncion: muerto en Noisy-le-Sec, en brazos de su guardador, pobre servidor honrado, que no sobrevivió mucho tiempo.

DUQ. Pues bien, no señora, no; vuestro hijo no murió en Noisy-le-Sec.

REINA. Qué decis?

DUQ. Digo que os han engañado... Le robaron y le ocultaron... dónde, no sé... pero todo lo que he descubierto, me hace convencer aún mucho más de ello.

REINA. Existe?

DUQ. Sí, señora... lo creo... estoy segura!...

REINA. Entonces, dónde está?

DUQ. No sé... no lo he sabido nunca...

REINA. Pues bien, yo le buscaré, y le hallaré... Ya sabeis cuántas lágrimas he derramado por él!... Vos misma habeis podido contar los ardientes besos que yo daba á la pobre criatura, en cambio de esa vida de oprobio y de miseria á que le condenaba la razon de Estado... Pero si aún existe, bendito seais, Dios mio!... No sé lo que haré por él... pero le amaré con toda mi alma!... Ahora, duquesa, dadme vuestro brazo, acompañadme á mi cámara, y decidme qué puedo hacer por vos.

DUQ. Una sola cosa, señora; hablar al Rey en mi favor, y decirle que haga cesar mi destierro.

REINA. Haré lo que deseais... lo intentaré... Dios mio!... Qué conmovida estoy! Venid, no puedo negar nada á la que ha venido á dar á mi corazon la esperanza de que ese hijo existe aún... Venid... venid. (*Vanse*).

ESCENA III.

El REY, SAINT-AIGNAN, *en la puerta*, AURA *y* LUISA.

REY. (*A la señorita de Montalais, que entra por la izquierda*). La señorita de la Valliére?

AURA. Aquí está, señor. (*Vase cuando Luisa aparece*).

REY. Me habeis escrito, señorita?... Qué deseais?

LUISA. Señor, perdonadme.

REY. Qué quereis que os perdone?

LUISA. He cometido una falta, señor; más que una falta, un crimen!

REY. Vos?

LUISA. He ofendido á vuestra majestad!

REY. De ningun modo.

LUISA. Señor, yo os lo suplico, no tengais conmigo esa terrible gravedad que revela la cólera legítima de un Rey; sé que os he ofendido, señor, pero necesito explicaros que no ha sido voluntariamente.

REY. Ante todo, señorita, no sé por qué hayais podido ofenderme. ¿Ha sido acaso por una broma de jóvenes? Esa broma era muy inocente... Os habeis burlado de un hombre crédulo, es muy natural.

LUISA. Ah! Vuestra majestad me abruma con esas palabras.

REY. Por qué?

LUISA. Porque si esa broma hubiese venido de mí, no habria sido inocente.

REY. En fin, señorita, es eso todo lo que teniais que decirme?

LUISA. Vuestra majestad lo ha oido todo?

REY. Todo qué?

LUISA. Todo lo que dije en la encina real.

REY. No perdí una sola frase.

LUISA. Y vuestra majestad no sospechó que una pobre niño como yo, puede verse obligada algunas veces á sufrir la voluntad de otro?

REY. Perdonad, no comprenderé jamás, que aquella cuya voluntad parecia expresarse tan libremente bajo la encina real, se dejase llevar hasta ese extremo de la influencia de otro.

LUISA. Y la amenaza, señor?

REY. La amenaza? Quién os amenazaba? Quién osaba amenazaros?

LUISA. Los que tenian derecho para hacerlo, señor.

REY. No reconozco en nadie el derecho de amenaza en mi córte.

LUISA. Perdonadme, señor; hay cerca de vuestra majestad misma personas demasiado elevadas para tener, ó para creerse con derecho para perder á una jóven sin porvenir, sin fortuna, y que no tiene más que su reputacion

REY. Y cómo habrian de perderla?

LUISA. Afligiéndola con una expulsion vergonzosa.

REY. (*Con amargura*). Señorita, prefiero á los que se disculpan si lo hacen sin acriminar á nadie!

LUISA. Señor!

REY. Confieso que me es penoso ver que una justificacion fácil, como pudiera serlo la vuestra, venga á complicarse con un tejido de reproches y de imputaciones.

LUISA. A las que no dais fe? (*El Rey guarda silencio.*) Decidlo, señor!

REY. Siento confesároslo... pero no quiero creeros.

LUISA. Señor, os lo suplico, no veis que me matais?...

REY. Vais á continuar la burla?

LUISA. (*Cayendo de rodillas y juntando las manos.*) Señor, os lo suplico; prefiero la vergüenza á la traicion.

REY. Qué haceis?

LUISA. Cuando os haya sacrificado mi honor y mi razon, creereis en mi lealtad? El relato que madama Enriqueta os hizo, era una fábula, y lo que yo dije bajo la encina real...

REY. Y bien?

LUISA. Eso solamente es cierto.

REY. Señorita?

LUISA. Señor, aunque debiese morir de vergüenza en este sitio, os lo repetiré hasta que la voz me falte; he dicho que os amaba... Pues bien, yo os amo!

REY. Vos!

LUISA. Os amo, señor, desde que os ví. Sé que es un crimen de lesa majestad, el que una pobre niña como yo ame á un Rey y se lo diga. Castigadme por esta audacia, despreciadme por esta imprudencia; pero no digais jamás, no creais nunca que me he burlado de vos, que os hice traicion. Corre por mis venas sangre fiel á la monarquía, señor, y amo... amo á mi Rey... ah!... yo muero! (*Cae desmayada.*)

REY. Socorro! socorro! (*Aura y Saint-Aignan entran.*)

AURA. Luisa! Luisa!

LUISA. Me ha perdonado vuestra majestad, señor? (*Levantándose.*) Ahora, permitidme que me retire á un convento... Allí bendeciré á mi Rey toda mi vida, y moriré amando á Dios, que me ha dado un dia de felicidad.

REY. No, no, vivireis aquí, bendiciendo á Dios, pero amando á Luis, que os dará una existencia de dicha verdadera; Luis, que os ama con todo su corazon; Luis, que daria su vida sonriendo, si se la pidieseis! (*La toma una de sus manos, que ella retira.*)

LUISA. Señor, no me hagais arrepentir por haber sido tan leal, porque seria probarme que vuestra majestad me desprecia aún.

Rey. Señorita, no honro ni amo nada en el mundo más que á vos, y juro desde ahora, que de hoy más, ninguna mujer en mi córte será tan estimada como vos; os pido perdon por mi mal reprimida cólera... que procedia de un exceso de amor. (*Inclinándose ante ella, y tomándole la mano.*) Señorita... quereis dispensarme la honra de que deposite un beso en vuestra mano? (*Se la besa.*) Desde este momento estais bajo mi proteccion, y en adelante sereis tan superior á todos, que léjos de inspiraros temor, estarán á vuestras órdenes... (*A Saint-Mignan.*) Conde, espero que esta señorita se dignará concederos un poco de amistad, en cambio de la que yo le consagro para siempre.

Sai. (*Hincando una rodilla ante Luisa.*) Qué dicha para mí si esta señorita me hace semejante honor!

Rey. (*Viendo á Aura.*) Señorita de Montalais...

Luisa. Señor, es una amiga que me ha sido fiel siempre!

Rey. No lo olvidaré.

Aura. Señor ..

Rey. (*A Luisa.*) Adios, ó más bien, hasta luego. Hacedme el gusto de no olvidarme en vuestras oraciones.

Aura. Hé aquí un desenlace que madama Enriqueta no habia previsto. (*Luisa sube al fondo para acompañar al Rey; mira hácia la puerta que se ha abierto, y da un grito.*)

ESCENA IV.

Dichos, Athos.

Rey. Qué hay? (*Viendo á Athos.*) El conde de la Fére!

Ath. Señor, excusad mi presencia, estoy autorizado á penetrar en el departamento de las camaristas. Mientras mi hijo está al lado de madama Enriqueta, venia á anunciar á la señorita de la Valliére la visita de su esposo futuro...

Rey. Su esposo futuro?

Luisa. (Dios mio!)

Ath. Qué teneis, señorita? Esta noticia parece producir en vos un efecto... extraño?... No son vuestras intenciones las mismas que en Blois? Debo recordaros vuestros proyectos, vuestros juramentos?. . Mi hijo no los ha olvidado! Qué pasa aquí?...

Luisa. Señor conde!... (*Suplica al Rey con la vista.*)

Rey. Juramentos, caballero?... Decid esperanzas.

Ath. (*Mirando al Rey.*) Sin embargo, me pareció que en presencia de madama Enriqueta, vuestra majestad habia dicho...

Rey. (*Vivamente.*) Yo?... Yo no he dicho nada.

Ath. Madama Enriqueta acaba de afirmarme...

Rey. (*Vivamente.*) Madama... Madama... (*Aparte.*) Comprendo... Luisa tenia razon... Mi hermana tiene la culpa de todo... es un complot... yo le desbarataré.

Ath. (*Mirando alternativamente al Rey y á Luisa.*) En fin, señor, perdonadme si me dirijo á vuestra majestad; ha surgido de pronto algun obstáculo?

Rey. Tal vez.

Ath. Y ese obstáculo... es?...

Rey. Es .. es mi voluntad.

Ath. Ahora... qué quiere el Rey?... Se digna consentir?... Vacila?...

Rey. Yo no vacilo... rehuso.

Luisa. (*Con alegria.*) Ah!

Ath. Señora...

Rey. Teneis aún algo que decirme, señor conde?...

Ath. Sí, señor.

Rey. (*A Luisa.*) Retiraos, señorita. (*Luisa sale haciendo al Rey una señal de gratitud.*)

ESCENA V.

El Rey, Athos.

Rey. Y bien, caballero, espero ..

Ath. Señor, séame permitido pedir humildemente á vuestra majestad la razon de su negativa.

Rey. La razon?... Es una pregunta?

Ath. Una demanda, señor.

Rey. Habeis olvidado el uso de la córte, señor conde; en la córte no se pregunta al Rey.

Ath. Es cierto, señor; pero si no se le pregunta, se supone

Rey. Se supone?... Qué quiere decir eso?

Ath. Señor, en vez de obtener una respuesta de vuestra majestad sobre el súbito cambio que acaba de haber, me veo obligado á responderme á mí mismo.

Rey. Caballero, os he dado todo el tiempo que tenia libre.

Ath. Señor, aún no he dicho al Rey todo lo que tenia que decirle, y que desborda de mi corazon.

Rey. Qué quereis decir? ..

Ath. Si al negar á mi hijo la mano de la señorita de la Valliére, vuestra majestad hubiese tenido otro objeto que su dicha y su fortuna!...

Rey. Cuidado, que de la suposicion pasais á la ofensa!...

Ath. Si al pedir un plazo últimamente vuestra majestad hubiese querido alejar á mi hijo de la señorita de la Valliére...

Rey. Caballero...

Ath. Esto es lo que he oido decir por todas partes, señor; por lo quiera se habla del amor de vuestra majestad á la señorita de la Valliére, y lo que acaba de pasar es una prueba de ello.

Rey. Pues bien, sí, amo á Luisa de la Valliére.

Ath. Sacrificad vuestro amor, señor. El sacrificio es digno de un Rey; es merecido por mis servicios y mi fidelidad. El Rey, renunciando á su amor, da una prueba á la vez de generosidad, de gratitud y de buena política.

Rey. La señorita de la Valliére no ama á vuestro hijo.

Ath. El Rey lo sabe?

Rey. Lo sé.

Ath. Hará muy poco, entonces; porque si el Rey lo hubiese sabido antes, se habria tomado el trabajo de decirmelo

Rey. Hace poco ..

Ath. Entonces, no comprendo que el Rey haya enviado á Lóndres á mi hijo; ese destierro sorprende, con razon, á los que aman el honor del Rey.

Rey. Quién habla del honor del Rey, caballero?

Ath. El honor del Rey, señor, se compone del honor de toda su nobleza; cuando el Rey ofende á uno de sus súbditos, es decir, cuando le toma un pedazo de su honor, el Rey se lo quita á sí mismo!

Rey. Señor conde!...

Ath. Señor, soy viejo, y me intereso en todo lo que es verdaderamente grande y fuerte en el reino. He vertido mi sangre por vuestro padre y por vos, sin haber pedido nada ni á vos ni á vuestro padre; jamás he hecho daño á nadie, y he obligado á Reyes! (*Quiere irse.*) Oh! me escucharéis! Hoy, ante toda la córte, habeis dado al casamiento de mi hijo con la señorita de la Valliére, un consentimiento tácito... sea... Ahora, retirais ese consentimiento para servir vuestro amor... vuestra debilidad... Eso es muy mal hecho... (*Signo de cólera en el Rey.*) Sé que mis palabras irritan á vuestra majestad, pero los hechos nos matan. Sé que estais imaginando el castigo que hareis sufrir á mi franqueza, pero tambien sé el castigo que pediré á Dios os inflija cuando yo le re-

fiera vuestra falta y la desgracia de mi hijo! Adios, señor! (*Vase.*)

ESCENA VI.

El Rey, D'Artagnan.

Rey. (*Llamando con cólera.*) D'Artagnan!
Art. (*Entrando.*) Aquí estoy.
Rey. El señor conde la Fére, que acaba de salir de aquí, es un insolente!
Art. Un insolente?
Rey. Si os repugna prenderle vos mismo, enviarme otro oficial.
Art. No hay necesidad de otro oficial, puesto que yo estoy de servicio.
Rey. El conde es vuestro amigo.
Art. Aunque fuese mi padre, no por eso dejo de estar de servicio...
Rey. Qué esperais?
Art. La órden firmada.
Rey. (*Escribiendo vivamente.*) Tomadla.
Art. Señor... lo haneis pensado bien?
Rey. Caballero, vais tambien á sublevaros contra mí?
Art. Yo, señor?... Os pregunto si...
Rey. (*Interrumpiéndole.*) Señor d'Artagnan, os prevengo que abusais de mi paciencia.
Art. Al contrario, señor.
Rey. Cómo al contrario?
Art. Vengo á hacerme prender tambien.
Rey. Haceros prender?
Art. Sin duda: mi amigo va á aburrirse en el destierro, y vengo á proponer á vuestra majestad que me permita acompañarle; diga vuestra majestad una palabra, y yo mismo me prendo; os aseguro que no necesitaré para eso del capitan de guardias. (*El Rey se lanza hácia la mesa, y coge una pluma para firmar la órden de prision.*)
Rey. Mirad que es para siempre!
Art. Cuento con ello, señor; porque una vez que hayais hecho esa accion, no os atrevereis á mirarme á la cara. (*El Rey arroja la pluma con violencia.*)
Rey. Idos!
Art. Oh! no, teneis que oirme.
Rey. D'Artagnan! Quién es aquí el Rey? Vos, ó yo?
Art. Vos, desgraciadamente, señor.
Rey. Cómo desgraciadamente?
Art. Sí, señor, porque si yo lo fuese...
Rey. Aprobariais la rebelion de d'Artagnan, no es cierto?
Art. Justamente.
Rey. Y qué más?
Art. Y diria á mi capitan de mosqueteros, mirándole con ojos humanos: «Caballero d'Artagnan, he olvidado que soy Rey, y he descendido de mi trono para ultrajar á un gentil-hombre...»
Rey. Creeis, caballero, que es excusar á vuestro amigo sobrepujar su insolencia?
Art. Señor, yo iré mucho más léjos que él, y vuestra habrá sido la culpa; os diré que él no os ha dicho: señor, habeis sacrificado al señor conde de la Fére, que os hablaba en nombre del honor, de la religion y de la virtud; le habeis rechazado, arrojado de aquí, y aprisionado!... Yo seré más duro que él, señor, y os diré: Escoged; quereis que se os sirva, ó que se os adule? Quereis que se os ame, ó que se os tema? Si preferís la bajeza, la intriga, la cobardía... decidlo, señor, y partirémos, nosotros que somos los únicos restos, diré más, los únicos modelos del valor de otros tiempos; nosotros que hemos servido y sobrepujado tal vez á hombres ya grandes en la posteridad; elegid, señor, y apresuraos á enviarme á la Bastilla con mi amigo... Hé aquí lo que tenia que deciros. Perdonadme, señor, pero habeis hecho mal en haberme llevado á este extremo. (*Saca su espada, y acercándose con respeto á Luis XIV, la pone en la mesa. El Rey, con un gesto furioso, rechaza la espada, que cae á tierra, rodando á los piés de d'Artagnan. Este, despues de un instante de estupor, dice con emocion:*) Un Rey puede abandonar á un soldado, puede desterrarle, puede condenarle á muerte; pero aunque fuese cien veces Rey, no tiene nunca derecho para insultarle, deshonrando su espada. Señor, un Rey de Francia no ha rechazado jamás con desprecio la espada de un hombre como yo. Esta espada, manchada, pensadlo bien, señor, no tiene otra vaina que mi corazon... Que mi sangre caiga sobre vuestra cabeza! (*Con un gesto rápido, apoyando en el suelo el puño de la espada, dirige la punta contra su pecho. El Rey se lanza con un movimiento aún mas rápido que el de d'Artagnan, echa el brazo derecho al cuello del mosquetero, y con la mano izquierda, cogiendo por medio la hoja de la espada, la mete silenciosamente en la vaina; luego, enternecido, vuelve á la mesa, coge la órden y la rasga.*)
Rey. Caballero d'Artagnan, vuestro amigo es libre. (*D'Artagnan le coge una mano, la besa, y vase sin decir una palabra.*)

ACTO CUARTO.

Cuadro V.—En la Bastilla: La misma decoracion que en el cuadro segundo.

ESCENA PRIMERA.

Baisemeaux, Aramis, *sentados á la mesa.*

Bai. Vamos, señor caballero, á vuestra salud.
Ara. (*A un criado que entra.*) Y bien, que es eso?
Cri. Un mensaje que acaba de traer un correo de Fontainebleau.
Bai. (*Despues de leer.*) Una órden para que ponga en libertad á un preso. Bien, mañana al amanecer saldrá.
Ara. (*Despues de haber leido el papel.*) Y por qué no esta noche?... No habeis reparado en la palabra *Urgente?*
Bai. Si, pero ahora estamos cenando, y no vale la pena de que nos incomodemos.
Ara. Querido gobernador, la caridad es para mí un deber más imperioso que el hambre y la sed. Cuánto tiempo hace que está aquí ese desgraciado prisionero?
Bai. Diez años.
Ara. Diez años! Ya veis que no es poco. Abreviad, pues, su sufrimiento doce horas, y os lo agradecerá.
Bai. Lo quereis así?
Ara. Os lo ruego.
Bai. Aúnque interrumpamos nuestra cena?
Ara. Os lo suplico.
Bai. Voy á daros gusto. Francisco!... El bribon no viene! (*Se levanta para ir á la puerta y llamar á Francisco; entre tanto Aramis en lugar de la órden pone otra enteramente igual; Francisco aparece.*) Francisco, que suba el mayor con los calaboceros de la Bertodier.
Ara. Si hiciéseis abrir su prision ahora mismo, le anunciariamos nosotros tan buena noticia al pobre diablo.
Bai. Francisco, decid al mayor que abra la prision de monsieur Seldon, número 3 de la Bertodier. (*Vase Francisco.*)
Ara. Seldon! Creo que habeis dicho Seldon?

Bai. Sí, es el nombre del que ponen en libertad.
Ara. Querreis decir Marchiali?
Bai. No, [illegible] Seldon.
Ara. [illegible] is en [illegible]r, mi querido Montlezun.
Bai. He [illegible] ido [illegible] den.
Ara. [illegible]
Bai. [illegible] la órden. *Marchi...* Un [illegible] aria...
Ara. Ya lo veis. [illegible] dice, y muy claro.
Bai. Cómo! Aquel á quien tanto se teme, y que tanto me han recomendado!
Ara. (*Insistiendo.*) Dice Marchiali.
Bai. Sí, sí, ya lo veo... pues señor, preciso es confesar...
Ara. (*Interrumpiendole.*) Que habeis recibido órden de dar libertad á Marchiali... y eso es lo que vais á hacer....
Bai. Con todo, no soltaré al prisionero hasta que no me haya informado bien del correo que ha traido este pliego, y á fuerza de preguntas me tranquilice.
Ara. El pliego verá, cerrado y lacrado, y el correo ignora su contenido. De qué, pues, quereis informaros? Decid.
Bai. Si es preciso, enviaré al ministro, y el jefe retirará la órden ó la aprobará.
Ara. Para qué?
Bai. Para asegurarme de que obedezco, no á una órden falsa, sino á mis superiores.
Ara. Y quiénes son vuestros superiores?
Bai. Monsieur de Livune, y el Rey.
Ara. Y no hay algun otro á quien debeis obedecer?
Bai. (*Aterrado.*) Caballero! Caballero!
Ara. No perteneceis á un partido misterioso?... Decid si ó no, pero decid uno ú otro, porque no tenemos tiempo que perder.
Bai. Perdonad, caballero, pero...
Ara. Bebed un vaso de este excelente moscatel, mi querido Montlezun, para que os tranquiliceis un poco, amigo mio.
Bai. (*Entrando.*) Señor gobernador, ahí está el número 3 de la Bertodier.
Ara. (*Friamente.*) Decid que es una equivocacion, y no es él.
Bai. Pero... en fin...
Ara. Aún no nos hemos explicado sobre la pregunta que os he hecho; cuando me hayais respondido *si ó no*, decidireis.
Bai. Llevad á su cuarto al prisionero, y esperad nuevas órdenes.
Fra. Muy bien. (*Vase.*)
Bai. Dios mio!
Ara. (*Insistiendo.*) Ah! perteneceis, pues, á ese partido?
Bai. Yo?
Ara. Lo confesais desde el momento en que, enviando al prisionero Seldon á su cuarto, habeis obedecido la órden que ese partido os daba por mi boca .. Y bien, sabed una cosa, querido Montlezun, y es que no se puede estar unido á un partido, sin gozar de las ventajas que produce á sus miembros, como, por ejemplo, hacer pagar ciento cincuenta mil libras por él, sin verse obligado á hacer algun pequeño servicio.
Bai. En esta circunstancia, sin embargo, monseñor...
Ara. Ahora bien, hay un compromiso adquirido por todos los gobernadores y capitanes de fortalezas afiliados, de obedecer á toda órden verbal ó por escrito.
Bai. Sí, pero vos no teneis esa órden.
Ara. Ahí está... Ah! sí, es verdad, falta el sello. (*Toma lacre, y sella la órden con un anillo. Despues se la enseña á Baisemeaux, que se ha quedado estupefacto.*) Vamos, vamos, no me hagais creer que la presencia del jefe es como la de Dios, y que se muere por haberle visto. (*Con severidad.*) Verdad es que se podria morir, y que se moriria ciertamente por no haberle obedecido... Alzaos, pues, obedeced!
Bai. Oh! perdonadme, monseñor, por haberos tratado de igual á igual!
Ara. Volved á llamar á Francisco.
Bai. Y...
Ara. Y obedeced la órden del Rey.
Bai. (*Yendo á la puerta, y á Francisco que entra.*) Haced venir aquí al segundo Bertodier.
Ara. Perfectamente, mi querido Montlezun. Y bien, ya veis cómo no es tan difícil.
Bai. Sí, pero las consecuencias...
Ara. Sois un necio, señor gobernador; perded, pues, la costumbre de reflexionar, cuando se toman el trabajo de pensar por vos.
Bai. Ahí está el prisionero, monseñor
Ara. Retiraos, y dejadnos solos.

ESCENA II.

ARAMIS, MARCHIALI.

Ara. (*Despues de hacer señas á Marchiali para que se siente.*) Caballero, habeis encontrado ayer un billete en vuestro pan?
Mar. Sí señor.
Ara. Y en el cual se os decia que un hombre vendria á la Bastilla y os haria una revelacion importante?
Mar. Sí.
Ara. Ese hombre soy yo.
Mar. Ya escucho.
Ara. La primera vez que tuve el honor de veros, os pregunté qué crímen era el que os habia traido á la Bastilla, y eludisteis la respuesta. Permitidme que os vuelva á hacer la misma pregunta.
Mar. Y por qué creeis que hoy tendré más confianza en vos que hace ocho dias?
Ara. Porque estamos solos, y porque habeis recibido un billete que os avisaba mi visita.
Mar. Ese billete no estaba firmado; en cuanto á vos, no os conozco.
Ara. Ahora bien, rehusais confesarme el crímen que habeis cometido?
Mar. Si quereis que os diga el crímen que he cometido, explicadme lo que es un crímen, porque como tengo la conciencia de no haber hecho ninguna mala accion, me digo que no soy criminal.
Ara. Luego, no sabeis cosa alguna?
Mar. No, no sé nada; pero pienso algunas veces y me digo...
Ara. Qué os decís?
Mar. Que si yo quisiese profundizar sobre mi vida, ó me volveria loco... ó...
Ara. O qué?...
Mar. O adivinaria muchas cosas.
Ara. Y entonces?.
Mar. Me detengo, asustado de haber ido demasiado léjos.
Ara. No teneis confianza en Dios?
Mar. Sí, pero temo á los hombres.
Ara. Sea. (*Aparte.*) No es un hombre vulgar... más vale así. (*Alto.*) Teneis ambicion?
Mar. No sé lo que es ambicion.
Ara. Es un sentimiento que induce al hombre á desear más de lo que tiene.
Mar. He dicho que estaba contento, caballero; pero puede que me engañe. Veamos, aclaradme esa frase.
Ara. Un ambicioso es el que codicia ir más allá de su estado.

MAR. Ignoro quién soy, no puedo pues codiciar cosa alguna.

ARA. La última vez que os vi, mentisteis.

MAR. (*Con vivacidad.*) Mentir yo?... Creo que me habeis dicho que he mentido!

ARA. Queria decir, caballero, que me habeis ocultado lo que sabiais de vuestra infancia.

MAR. Los secretos de un hombre son suyos, y no pertenecen al primero que se los pide.

ARA. Oh! si yo me atreviese, os tomaria la mano y os la besaria.

MAR. Besar la mano de un prisionero! Y por qué?

ARA. Vos me desesperais!... Si supieseis todo lo que yo habia soñado para vos! Algunas veces pienso que tengo ante mi vista al hombre que busco, y de repente...

MAR. Desaparece ese hombre?

ARA. Decididamente, no tengo nada que decir á quien desconfia de mí hasta el punto que vos lo haceis.

MAR. Ni yo á quien no comprende que un prisionero debe desconfiar de todo.

ARA. Hasta de sus antiguos amigos.

MAR. Vos sois uno de mis antiguos amigos? Sois?...

ARA. Veamos, no os acordais haber visto en otro tiempo, en la aldea donde pasó vuestra primera infancia...

MAR. Ante todo, cómo se llamaba esa aldea?

ARA. Noisy-le-Sec.

MAR. Continuad, caballero.

ARA. Recordais haber visto en Noisy-le-Sec hace quince ó diez y seis años, á un caballero que iba acompañando á una dama vestida de negro con cintas color de fuego en los cabellos?

MAR. Sí, una vez pregunté el nombre de ese caballero, y me dijeron que se llamaba el caballero d'Herblay.

ARA. El caballero d'Herblay.

MAR. Lo sé; os habia conocido.

ARA. Pues bien, si lo sabeis, preciso es entonces que os diga una cosa, y es, que si la presencia en este sitio del caballero d'Herblay fuese conocida del Rey esta noche, el caballero d'Herblay veria brillar mañana el hacha del verdugo en el fondo de un calabozo más sombrío que el vuestro; podeis, pues, tener confianza en mí, puesto que corro un riesgo que no puede alcanzar á vuestra alteza real.

MAR. Pero, caballero, si sabeis quién soy... por qué os empeñais en hacérmelo confesar?

ARA. Queria saber si os conociais vos mismo.

MAR. Me conozco.

ARA. Entonces sabeis que sois hermano gemelo del Rey Luis XIV, tal vez, el primogénito, y que, por consiguiente, teneis tanto ó más derecho que Luis XIV al trono de Francia?

MAR. Lo sabia.

ARA. En ese caso, sois el que buscaba. (*De rodillas.*) Vuestra mano, señor.

MAR. Qué haceis?

ARA. Juro adhesion y fidelidad á mi Rey, y espero que no olvidará jamás que he sido el primero que en el fondo de su prision le ha hecho este juramento y le ha ofrecido su vida.

MAR. Caballero, á qué me tentais? Vos lo habeis dicho, estoy en el fondo de una prision.

ARA. Hé aquí la órden para haceros salir de ella.

MAR. Quién ha obtenido esa órden?

ARA. Yo.

MAR. Ha consentido mi hermano?

ARA. Qué os importa el modo cómo ha venido esta órden, puesto que está aquí, y puesto que el gobernador no se niega á obedecerla?

MAR. Oh! no... no, necesito de un trono para ser feliz.

ARA. Sea, pero yo necesito que seais Rey para bien de la humanidad.

MAR. Qué tiene la humanidad que reprochar á mi hermano?

ARA. Vuestra cautividad, príncipe, no es un crímen?

MAR. Oh! sí, porque podia venir él mismo á esta prision, y decirme: «Hermano mio, Dios nos ha creado para amarnos, y no para combatir; yo vengo á vos. Una preocupacion bárbara os condenaba á perecer oscuramente en el fondo de un calabozo, léjos de todos los hombres, privado de todas las alegrías. Pues bien, yo quiero teneros á mi lado y ceñiros la espada de nuestro padre. Os aprovechareis de mi generosidad para ahogarme ó combatir contra mí?—Oh! no, le hubiera yo respondido; os miro como mi salvador, y os respetaré como á mi dueño; me dais mucho más de lo que Dios me habia dado al concederme la vida, puesto que por vos tengo derecho á amar y á ser amado en este mundo.

ARA. Y hubieseis cumplido vuestra palabra, monseñor?

MAR. Lo juro por mi vida.

ARA. Mientras que ahora...

MAR. Ahora veo que tengo culpables que castigar.

ARA. Entonces venid, no perdamos tiempo.

MAR. Una palabra aún.

ARA. Decid, pero que sea la última; el tiempo pasa.

MAR. Cuando vean que el Rey de Francia no es ya Luis XIV?

ARA. El Rey de Francia se llamará siempre Luis XIV.

MAR. Cuando vean que no es ya mi hermano quien reina?

ARA. Quién lo verá?

MAR. Mi madre, el duque de Orleans, los grandes dignatarios del reino, la casa real, el pueblo, todo el mundo.

ARA. Cómo! Es posible que ignoreis aún la verdadera causa de vuestra detencion?

MAR. Os he dicho todo lo que sabia, caballero.

ARA. Habeis visto alguna vez el retrato del Rey vuestro hermano?

MAR. No, jamás.

ARA. (*Presentándole un medallon.*) Pues bien, aquí teneis uno.

MAR. Ah! este es mi hermano?

ARA. Sí... y vos.

MAR. Yo?... Qué quereis decir?

ARA. Os habeis mirado alguna vez con atencion al espejo?

MAR. En el fondo de un calabozo...

ARA. (*Descolgando un espejo, y poniéndoselo ante la vista.*) Entonces, miraos.

MAR. Justo Dios! Qué semejanza!

ARA. Y bien?

MAR. Ahora lo comprendo todo. Oh! mi hermano, mi hermano!

ARA. A vos, su plaza en el trono! A él, vuestra plaza en esta prision!

MAR. Caballero, si podeis devolverme el puesto que Dios me habia destinado al sol de la fortuna y de la gloria; si gracias á vos puedo vivir en la memoria de los hombres y honrar mi raza con algunos hechos ilustres ó algunos servicios prestados á mis pueblos, pues bien, á vos, á quien bendigo y á quien doy gracias, entregaré la mitad de mi poder, daré la mitad de mi gloria, y aún no os habré dado lo suficiente, porque jamás habré conseguido pagaros toda la dicha que me hayais dado.

ARA. Monseñor, vuestra nobleza de corazon penetra en mi alma, y la llena de admiracion y de alegría. Ahora, calma. No sereis Rey hasta que no hayais pasado la última puerta de la Bastilla.

MAR. Ya lo veis, estoy tranquilo.

ARA. Sereis un gran Rey, señor.. porque teneis un gran corazon!... Baisemeaux! (*Baisemeaux entra.*)

ESCENA III.

DICHOS, BAISEMEAUX.

ARA. Mi querido gobernador, anunciad vos mismo á este caballero que es libre.

BAIS. (*A Marchiali.*) Jurad ante todo, caballero, segun lo exige el reglamento, que no revelareis jamás nada de lo que habeis visto ni oido en la Bastilla.

MAR. Lo juro!

BAIS. Entonces, estais libre.

MAR. Que Dios os tenga en su santa y digna guarda, caballero!

ARA. (*A Baisemeaux.*) Tomad, Montlezun, ahí teneis vuestro recibo. (*Vase con el príncipe.*)

ACTO QUINTO.

CUADRO IV.—EN EL CASTILLO DE VAUX: EN EL CUARTO LLAMADO DE MORFEO.

ESCENA PRIMERA.

ARAMIS, MARCHIALI.

ARA. (*Abriendo un tragaluz ó claraboya practicado encima de la alcoba que ocupa el fondo del teatro.*) Mirad, monseñor.

MAR. Qué habitacion es esa?

ARA. La alcoba del Rey.

MAR. Y esta en que nos hallamos?

ARA. La habitacion azul, que ocupa siempre en el palacio de Vaux; como veis, está encima de la del Rey; la he elegido de intento.

MAR. Vos podeis elegir?

ARA. No soy amigo de Fouquet? No soy quién lo ha dispuesto todo en ausencia y por cuenta del superintendente? En una palabra, no he sido el ordenador de la fiesta? Luego vereis de qué modo he dispuesto el lecho del Rey.

MAR. El lecho del Rey?

ARA. A propósito, me será permitido dirigir una pregunta á vuestra alteza real.

MAR. Decid.

ARA. Habia enviado á vuestra alteza un hombre de toda mi confianza, con un cuaderno de notas redactadas con seguridad, las cuales permitian á vuestra alteza conocer á fondo todas las personas que componen y compondrán su córte.

MAR. He leido todas esas notas.

ARA. Con mucha atencion?

MAR. Las sé de memoria. (*Viendo á d'Artagnan que pasa.*) Mirad, vais á juzgar... ahí teneis á d'Artagnan, le conozco por el retrato que me habeis hecho de él.

ARA. Si señor, d'Artagnan, vuestro capitan de los mosqueteros, fiel como un perro, y que muerde algunas veces; si d'Artagnan no os reconoce antes de que el otro haya desaparecido, contad con él en todo extremo, porque entonces no ha visto nada, y guardará su fidelidad: si ha visto demasiado tarde, es gascon, y no confesará jamás que se ha engañado.

MAR. Ah!

ARA. Qué hay?

MAR. Cielos!... mi... mi madre!... Oh! cuánto me ha hecho sufrir!... No importa, es mi madre!

ARA. Señor, nada de reconvenciones! (*Vuelve á cerrar la claraboya.—Entran las damas de la córte acompañando á la Reina.*)

ESCENA II.

D'ARTAGNAN, LA REINA.

REINA. Veamos, caballero d'Artagnan, decidme lo que ha pasado; decidme de que procede la cólera de mi hijo.

ART. Señora, sospecho que monsieur Colbert ha excitado la ira del Rey contra monsieur Fouquet.

REINA. Contra Fouquet?

ART. Sí señora, se habla mucho de un billete del superintendente á la señorita de la Valliére; este billete sorprendido por Colbert, ha sido entregado al Rey por este último; por eso sin duda su majestad me ha ordenado que venga aquí á esperar una órden de prision.

REINA. Una órden de prision?... Contra Fouquet tal vez?

ESCENA III.

DICHOS, EL REY.

REY. (*A d'Artagnan.*) Detened á monsieur Fouquet hasta que yo haya tomado una resolucion.

ART. Y cuándo tomará el Rey su resolucion?

REY. Esta misma noche. Ahora, que me dejen solo.

REINA. Solo?

REY. No necesito de nadie.

REINA. Ni aún de mí?

REY. No, madre mia, no, os doy gracias.

REINA. Una palabra, hijo mio. Conviene despedir á las personas reunidas en las galerías?

REY. (*Con amargura.*) No.., no... que se queden... Que gocen de las maravillas de monsieur Fouquet, esperando la sorpresa que les preparo. (*A Saint-Aignan.*) Se ha avisado á la señorita de la Valliére? Se le ha dicho que venga?... Quiero verla!... (Ah! cuanto sufro!) (*Vase todo el mundo.*)

SAI. Señor, ahí está la señorita de la Valliére.

ESCENA IV.

EL REY, LUISA.

LUISA. Señor, qué teneis?

REY. (*Con cólera.*) Tengo... tengo que estoy humillado.

LUISA. Humillado?... Qué decis, señor!

REY. Digo que donde yo estoy, nadie debia ser el amo. Pues bien, mirad si yo, el Rey de Francia, no quedo eclipsado ante el Rey de este dominio! Oh! Cuando pienso que ese Rey es un servidor infiel, que se hace orgulloso con lo que me ha robado! Ah! Yo cambiaré en duelo su fiesta, cuya ninfa de Vaux, como dicen los poetas de ese impudente ministro, guardará largo tiempo el recuerdo!

LUISA. Vuestra majestad!...

REY. Qué, señorita, vais á tomar la defensa de ese hombre!

LUISA. No señor. Os preguntaré solamente si estais bien informado. Vuestra majestad sabe mejor que nadie el valor que tienen muchas veces las acusaciones de la córte.

REY. Acusaciones?... Oh! esta vez sé á qué atenerme, y daré á d'Artagnan órdenes terribles!

LUISA. Ordenes terribles?

REY. Si, si, pardiez! Le mandaré prender á ese titan orgulloso, que fiel á su divisa, amenaza escalar mi cielo.

LUISA. Prender á Fouquet, que se arruina en este momento por honrar á su Rey!

REY. Quereis defenderle!

LUISA. Señor, no defiendo á monsieur Fouquet, sino á vos mismo!

Rey. A mí mismo? En verdad, señorita, que tomais con mucho calor la defensa de ese súbdito infiel.

Luisa. Pero qué es lo que ha hecho?

Rey. Pues bien, señorita, si estoy irritado contra monsieur Fouquet, no es porque me robe mi hacienda, no es porque con mi oro corrompa á secretarios, generales, amigos, artistas, es... es porque no respeta ni aún mis caras afecciones... es, porque ha osado levantar los ojos á vos... En fin, es porque os ha escrito.

Luisa. A mí?

Rey. A vos... Conoceis este billete?

Luisa. Ese billete? Cómo he de conocerlo, si no lo he recibido?

Rey. No habeis recibido este billete?

Luisa. Jamás!

Rey. Lo jurais?

Luisa. Lo juro!

Rey. Lo jurais!

Luisa. Ante Dios! Me creeis, señor?

Rey. (Su mirada es tan pura! Cómo dudar?) (*Alto.*) Luisa, te creo, sí, te creo. Este billete no ha llegado hasta tí; no ha manchado ni tu mano ni tus ojos... pero en fin, ese hombre te ha escrito... Yo me vengaré!

Luisa. Señor, dejad á un lado la venganza; no costemos á nadie ni lágrimas ni dolores.

Rey. Ni aún al autor de este billete?

Luisa. Ni aún á ese, señor.

Rey. Luisa, sois la mejor de las mujeres! Nadie ha podido tener sobre mí el imperio que vos teneis!... Me mandais que calle, y estoy tranquilo... Quereis que reine por la bondad, por la clemencia, y seré bueno y clemente... Sois mi vida, sois mi alma.

Luisa. Señor, luego es cierto que me amais?

Rey. Sí, te amo con todas las fuerzas que Dios ha puesto en mi corazon.

Luisa. Entonces no tengo ya nada que desear, porque vuestro amor es toda mi dicha en este mundo. (*Entra un Ugier.*)

Rey. Qué hay?

Ugier. Su alteza, madama Enriqueta, reclama el servicio de la señorita de la Valliére.

Luisa. Dejo á mi Rey, y le deseo una noche feliz. Adios, señor, adios.

Rey. Luisa.. yo te amo!... te amo! (*La Valliére le da la mano, el Rey se la besa.*)

ESCENA V.

El Rey, *solo.*

Rey. Lo he prometido... perdonaré á Fouquet!... Sí... pero Colbert le perdonará?... Oh!... estoy cansado... Cuántas emociones!... (*Se tiende sobre el lecho.*) Siento una languidez!... Me parece que duermo despierto .. que la luz desaparece poco á poco... que los objetos se alejan insensiblemente... y que este mismo lecho... Ah! (*Su voz se apaga, el lecho se hunde bajo de tierra.*)

Ara. (*Que ha vuelto á abrir la claraboya, inclinándose hácia fuera.*) Porthos, estais ahí?...

Por. (*Por abajo.*) Sí.

Ara. Y bien? (*Oyése un grito ahogado.*)

Por. Ya está hecho.

Ara. (*A Marchiali.*) Ahora, señor, dignaos colocaros en vuestro lecho real.

Mar. Me abandono á vos! (*La claraboya se vuelve á cerrar. Un lecho enteramente igual al que ha desaparecido debajo de tierra baja lentamente. Marchiali se ha tendido en él.—Aramis está de pié al extremo de la cama.*)

ESCENA VI.

Aramis, Marchiali.

Ara. Una tumba real acaba de abrirse y de cerrarse; comienza un nuevo reinado. Señor, vuestro primer ministro puede obrar ahora? (*Signo afirmativo de Marchiali.*) Al superintendente, primero. (*Abriendo la puerta de la izquierda.*) Que vayan á buscar á monsieur Fouquet... órden del Rey. (*Volviendo y haciendo firmar un papel á Marchiali.*) Que vayan á avisar al señor baron du Vallon... Pobre Porthos... qué contento se va á poner!... (*Gritos fuera de: El Rey! el Rey!*) Es el pueblo que quiere ver á vuestra majestad. Id, señor, id, todo depende de vos ahora, estais frente á frente con vuestro destino. Audacia, y lo demás lo hará Dios. (*Nuevos gritos de viva el Rey. Marchiali vacila un instante, despues se lanza por la derecha. Aramis le sigue.*)

ESCENA VII.

Fouquet, D'Artagnan, *el* Ugier.

Ugier. (*A d'Artagnan y Fouquet.*) Entrad, señores, y esperad.

Fouq. (*Con extrañamiento.*) El Rey me manda llamar despues de haberme hecho prender? Qué significa?... No importa, lo conozco, estoy perdido.

Art. Lo que pasa me parece del mejor augurio, y sin embargo, estais triste, caballero.

Fouq. Os engañais, capitan, estoy pensativo.

Art. Vuestros ojos siguen alguna idea invisible.

Fouq. No es una idea, es un fantasma.

Art. Y ese fantasma?...

Fouq. Es la soledad... la soledad que entreveo al fin de mis desgracias. Jamás he vivido solo, capitan; he empleado mi existencia procurándome amigos que un dia esperaba fuesen mi sosten. No he temido la pobreza, la he entrevisto muchas veces en medio de mis triunfos.

Art. Bah! Desechad esas tristes ideas... exagerais las cosas de un modo... el Rey os ama en el fondo.

Fouq. Sí cruelmente.

Art. Sólo que un dia ú otro os arruinará.

Fouq. Lo desafio á que lo haga... puesto que estoy arruinado.

Art. Pues bien, veo con gusto que tomais las cosas por un lado bueno. Qué diablos! Vos perteneceis á la posteridad, habiendo hecho un gran papel en la historia de vuestro tiempo, y no teneis derecho á empequeñeceros.

Fouq. Teneis razon, mi querido d'Artagnan. (*Oyese dentro los gritos de:* Viva el Rey!)

Art. Ahí viene el Rey sin duda. Qué veo! El caballero d'Herblay con el Rey!

ESCENA VIII.

Dichos, Aramis, *con un papel en la mano.*

Fouq. Aramis!

Ara. (*A Fouquet.*) Sí, yo, monseñor, yo que os traigo la libertad.

Fouq. Estoy libre!

Art. Qué es esto?

Ara. (*A d'Artagnan.*) Leed.

Art. En efecto, una órden del Rey.

Fouq. A quién debo este súbito cambio?

Art. (Es inexplicable!)

Ara. A mí.

Fouq. A vos?

Ara. Cómo es que os habeis vuelto el favorito del Rey,

vos que no le habeis hablado más que dos veces en vuestra vida?

ARA. Amigos mios, creeis que no he visto al Rey más que dos veces! Pero lo he visto muchas, y con bastante frecuencia; sólo que .. nos ocultábamos, y eso es todo.

ART. No comprendo...

ARA. Mi querido d'Artagnan, id al lado del Rey... mirad, allí está, en esa galería, y preguntadle si esta órden es válida.

ART. Pero...

ARA. Id, id; qué diablo! No veis á su majestad?

ART. Si, en persona... Voy, voy... Todo esto está muy bien... pero el diablo me lleve si entiendo una palabra. (*Devuelve á Fouquet su espada y vase.*)

ESCENA IX.

FOUQUET, ARAMIS.

FOUQ. A fe mia, mi querido d'Herblay, os confieso que tampoco comprendo nada de lo que pasa. Me lo explicareis al fin?

ARA. Si, en dos palabras. Acabais de ser preso como prevaricador; ibais á ser juzgado por el Parlamento como concusionario, como ladron; ibais, en fin, á ser condenado á un destierro, á una prision, á la muerte tal vez!

FOUQ. Y bien?

ARA. Y bien, ahora estais libre.

FOUQ. Pero cómo?

ARA. Monsieur Colbert se elevaba, el Rey os odiaba; monsieur Colbert no es más que un empleado, y el Rey os ama.

FOUQ. Hablad claro, ó hareis que me vuelva loco.

ARA. Os acordais del nacimiento de Luis XIV?

FOUQ. Si.

ARA. No oisteis decir entonces nada de ese nacimiento?

FOUQ. Nada.

ARA. No oisteis decir que la Reina dió á luz dos gemelos?

FOUQ. Jamás!

ARA. Pues asi fué.

FOUQ. Y qué más?

ARA. Se suprimió uno de los dos gemelos, y se le puso en la Bastilla.

FOUQ. Y el otro?

ARA. El otro subió al trono. Estos dos gemelos se parecian de tal modo, que su misma madre se engañaba, y se engaña aún en este momento.

FOUQ. Bien, bien, habeis contado conmigo para que os ayude á reparar el mal hecho al pobre hermano de Luis XIV?

ARA. No es eso todo.

FOUQ. Qué quereis decir?

ARA. Quiero decir, que el Rey que os arruinaba, que el Rey que os odiaba, que el Rey que os hacia prender, que iba á condenaros tal vez á la muerte, ese Rey ha desaparecido en el más profundo de los calabozos del palacio de Vaux, y mañana desaparecerá más profundamente aún, porque entrará en la Bastilla, bajo el nombre de Marchiali, es decir, de su hermano.

FOUQ. Mientras su hermano?...

ARA. Pues bien, ya lo veis; él ha sido quien os ha mandado poner en libertad; él quien en vez de arruinaros, va á enriqueceros; en vez de degradaros, va á colmaros de honores, á haceros grande entre los grandes, duque, príncipe, lo que querais en fin.

FOUQ. Justo cielo! Y quién ha dirigido esa horrible maquinacion?

ARA. Yo.

FOUQ. Vos habeis destronado al Rey? Lo habeis aprisionado?

ARA. Si.

FOUQ. Y la accion se ha llevado á cabo aquí?

ARA. Si, aquí mismo, en este aposento.

FOUQ. En mi casa? En mi casa ese crimen?

ARA. Ese crimen!

FOUQ. Ese crimen abominable! Ese crimen más execrable que un asesinato! Ese crimen que deshonra mi nombre para siempre, y me condena al horror de la posteridad!

ARA. Delirais, caballero! Hablais demasiado alto!... Tened cuidado!

FOUQ. Gritaré tan alto, que el universo entero me oirá.

ARA. Señor Fouquet!

FOUQ. Si, me habeis deshonrado cometiendo esa traicion, ese atentado contra el que descansaba tranquilamente bajo mi techo! Oh! desgraciado de vos!

ARA. Desgraciado del que meditaba bajo vuestro techo la ruina de vuestra fortuna, de vuestra vida!

FOUQ. Era mi huésped! Era mi Rey...

ARA. Sois un insensato!

FOUQ. Soy un hombre honrado!

ARA. Un loco!

FOUQ. Un hombre que prefiere mataros, á dejar que se realice su deshonra! (*Coge su espada.*)

ARA. Loco! (*Le arroja la espada.*)

FOUQ. Caballero, me seria dulce morir aquí para no sobrevivir á un oprobio! Si me profesais aún alguna amistad, os lo suplico, dadme la muerte!... No respondeis?...

ARA. Pensad en todo lo que os espera; la prision del Rey os salva la vida.

FOUQ. No digo que no hayais obrado en interés mio... sea... pero no acepto vuestro servicio. Sin embargo, no quiero perderos; vais á salir de esta casa; soy hospitalario para todos, y no os sacrificaré mientras no lo sea aquel cuya pérdida habeis jurado.

ARA. Vos sereis entonces el sacrificado, lo sereis!

FOUQ. Acepto el augurio, pero nada me detendrá. Vais á salir de aquí; vais á salir de Francia; os doy cuatro horas para poneros fuera del alcance del Rey.

ARA. Cuatro horas!

FOUQ. Es más de lo que necesitais para embarcaros y ganar á Belisle, donde os permito que os refugieis.

ARA. Ah!

FOUQ. Belisle será para vos lo que esta ciudad es para el Rey: mientras yo viva no caerá un solo cabello de vuestra cabeza. Idos!

ARA. Oh! desgracia!

FOUQ. Partid pues! Corramos ambos, vos á salvar vuestra vida, yo á salvar mi honor!

ARA. (*Cayendo anonadado en una silla.*) Ah! Fouquet, vuestra lealtad me abruma! Vuestra generosidad me mata! (*Vase Fouquet precipitadamente. Porthos ha aparecido momentos antes.*)

ESCENA X.

PORTHOS, ARAMIS.

ARA. Estabais ahí, Porthos? Habeis oido?..

POR. Si, parece que estámos mal con Luis XIV... Y yo que creia servir al verdadero Rey!...

ARA. Perdonad, Porthos, os he engañado; pero tomaré sobre mi toda la responsabilidad.

POR. Qué decis, amigo?

ARA. No, no, os lo suplico... dejadme solo... vos no sabiais nada de mis proyectos; soy el único autor del complot. Mi crimen, querido Porthos, es haber sido egoista.

POR. Vámonos á Belisle... allí nos harémos fuertes en la gruta de Locmaria, con un barril de pólvora... Si se nos persigue, le pondrémos fuego, y nos harémos un se-

pulcro de rocas y pedazos de montañas... Serán unos funerales espléndidos; funerales de gigantes! Venid, Aramis, venid!

ARA. He perdido la partida, Dios tenga piedad de nosotros! (*Vanse por la izquierda.*)

ESCENA XI.

LA REINA, COLBERT, *entrando por la derecha: damas de la córte.*

REINA. Colbert, sabeis que no comprendo nada de lo que pasa? Fouquet vuelto á la gracia del Rey! Un tal d'Herblay primer ministro!... Y la señorita de la Valliére, la favorita de ayer, alejada bruscamente de la córte!... No sé qué pensar!

COL. Esperemos, señora, la explicacion de todos estos misterios, que no puede tardar.

ESCENA XII.

DICHOS, LUISA.

LUISA. Dios mio! De dónde proceden esos rumores?...(*Deteniéndose*) La Reina!

REINA. Quién os da el permiso de presentaros aquí? A lo menos llegais á propósito para saber el partido que su majestad acaba de tomar con respecto á vos.

LUISA. Señora... perdonad... no comprendo...

REINA. El Rey acaba de ordenar que seais devuelta á vuestra familia; la órden es formal.

LUISA. Decís, señora, que el Rey...

REINA. Sí, el Rey mismo lo ha mandado.

LUISA. (*Juntando las manos.*) Dios mio! Dios mio!... Eso es imposible!

REINA. Señorita, tan sometida como pareceis estar al Rey del cielo, bueno es que tambien cumplais la voluntad de los príncipes de la tierra. Así, pues, os lo repito, obedeced la órden que os destierra á Blois.

LUISA. Cómo! Despues de lo que pasó hace poco aquí!... Despues de cuanto me ha dicho!... Ah! Esto es un sueño horrible! No... es la realidad!... Me desprecia hasta el punto de abandonarme á una expulsion vergonzosa!... Luis! Luis! (*A la Reina.*) Señora, obedezco... Tened la bondad de decir al Rey, que tengo el corazon desgarrado... que no puedo comprender... (*Llorosa.*) Que le perdono el mal que me ha hecho... Decidle que despues de haberme sacrificado por el Rey que me abandona y olvida, voy á consagrarme, á aquel que no abandona nunca á los desgraciados. (*Vase con dos damas de la Reina.*)

ESCENA XIII.

DICHOS, D'ARTAGNAN, FOUQUET, *el* REY *y señores de la córte.*

REY. Gracias, d'Artagnan, gracias, Fouquet; el peligro que habeis corrido al intentar salvar mi real persona, nunca lo olvidará mi corazon.

REINA. Hijo mio, de qué peligro nos hablais?

REY. De un complot bastante loco y atrevido, el cual hubiese costado lágrimas de sangre á la Francia, á no ser por la lealtad nunca desmentida de monsieur Fouquet, en cuya casa debia llevarse á cabo una escena (*Con intencion*), en la cual se hallaban complicadas las personas más ilustres de mi córte. De hoy más, caballero (*A Fouquet*), añadireis al escudo de vuestras armas, un cuartel más, donde en campo azul se vea un Rey libertado por vos, cuyo heróico comportamiento recuerde á vuestros sucesores, la magnanimidad y nobleza de vuestro corazon.

FOUQ. Señor (*Arrojándose á sus plantas.*) Con qué podré pagar...

REY. Con olvidar mis anteriores agravios. (*Fouquet le besa la mano.*) Capitan d'Artagnan, qué hicisteis de la persona que os mandé prender?

ART. Ha sido conducida de nuevo á la Bastilla.

REY. Y los fugitivos?

ART. Saint-Aignan y monsieur de Montlezon van en su alcance.

REY. Les encargasteis que sólo era mi deseo, que se apoderasen de sus personas?

ART. Ya les hice saber las órdenes de vuestra majestad.

ESCENA ULTIMA.

DICHOS, SAINT-AIGNAN *rendido de cansancio y cubierto de sudor.*

SAI. Señor, tengo el sentimiento de deciros, que en virtud de las órdenes que recibimos de vuestra majestad, emprendimos la persecucion de los señores Aramis y Porthos, los cuales se dirigieron á la gruta de Locmaria; pero ya era tarde... Apenas divisaron nuestra gente, se hicieron fuertes á la entrada de la gruta, y con un valor digno de mejor suerte, comenzaron á hacer fuego á nuestros soldados, los cuales no contestaban á sus disparos, fieles á la consigna que se les habia dado. En esto Porthos, arrimando á la entrada un barril de pólvora, lo pega fuego, y perecen entre sus ruinas los dos mosqueteros, sin querer aceptar el perdon que les anunciaba de parte vuestra.

REINA. Su perdon!

REY. Sí, señora, su perdon; porque la magnitud de la empresa que habian acometido, por loca y descabellada que fuese, era digna de unos hombres, cuyos heróicos hechos habian sido el asombro y el espanto de toda una generacion. Que se levante al momento el destierro de la señorita la Valliére, digna por más de un título á mi real consideracion. Perdono á cuantos han podido ofenderme, y mañana mismo me acompañará toda la córte á dar gracias á Dios, por el visible favor que acaba de dispensarme.

TODOS. Viva Luis XIV, viva el Rey!

REY. Alabemos á Dios, señores; él es el único á quien debemos dar gracias, porque es el solo Rey de cielo y tierra. (*Todos se arrodillan.*)

FIN DEL DRAMA.

Madrid, 1862.—Imp. de M. Galiano, Ministerios, 3.